

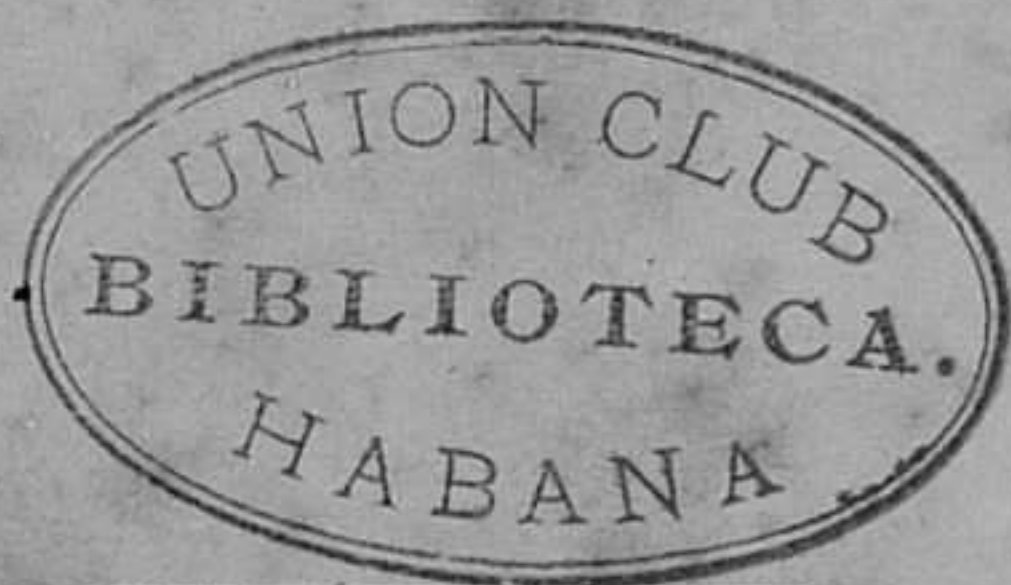
REVISTA  
CUBANA

PERIODICO MENSUAL

DE CIENCIAS, FILOSOFIA, LITERATURA Y BELLAS ARTES

DIRECTOR:

ENRIQUE JOSE VARONA.



TOMO IV.

HABANA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SOLER, ÁLVAREZ Y COMP.

calle de Ricla, número 40.

1886.

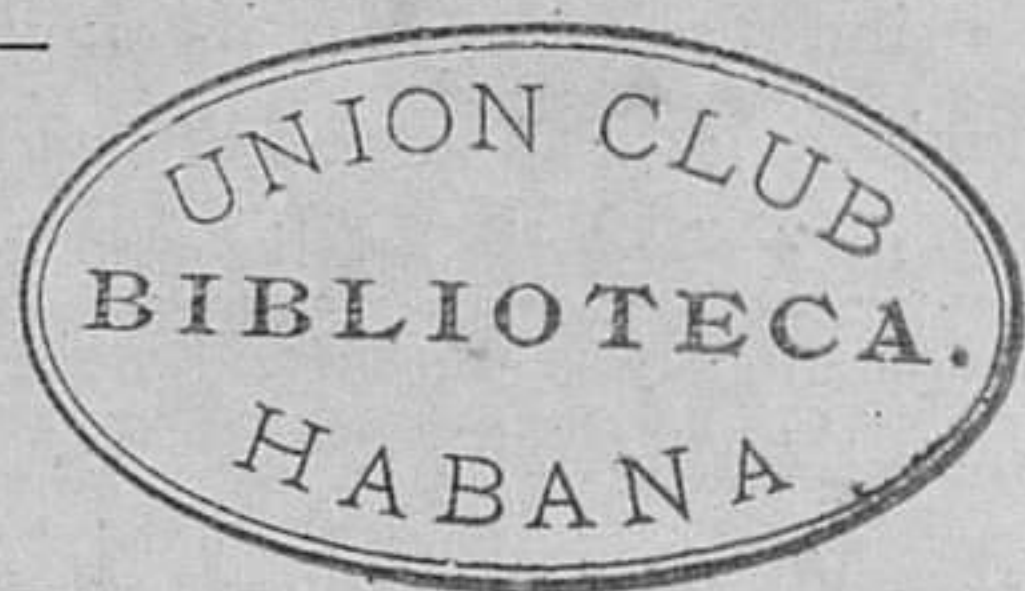


---

---

## ESTUDIOS ECONOMICOS (1).

II



LA POLITICA.

Demostrado que uno de los fines más importantes del progreso y uno de los más esenciales objetos de la ciencia, es limitar el poder del Estado, tenemos forzosamente que hacer una invasion, aunque ligera, en el campo de la política.

Las instituciones políticas de un pueblo ejercen muy marcada influencia sobre sus instituciones económicas: la guerra y el impuesto, por ejemplo, afectan profundamente las transacciones privadas en el interior y las relaciones privadas en el extranjero. Puede considerarse la política como una ciencia aparte, por causa de los inmensos desenvolvimientos que abarca su estudio; pero, en realidad, no es más que una rama, y de las más importantes, de la ciencia que tiene por objeto la producción, la distribución y el consumo de las riquezas.

Como nuestro objeto es demostrar que la aplicación de las falsas doctrinas en política puede muy bien tener por efecto la paralización de las fuerzas productivas de un país, no profundizaremos mucho la cuestión: lo estrictamente necesario solamente.

---

(1) Véase la pág. 289, tomo I.

Buscando las causas que perturban la armonía del plan general que la naturaleza misma impone, no podíamos dejar á un lado la que mayor perturbacion ha causado tal vez desde la formacion de las sociedades humanas.

No pediremos nuestros argumentos á la pasion, sino á la fria y pura razon; no invocaremos principios particulares, sino los universalmente admitidos, y hasta en el exámen de estos mismos principios no pasaremos más allá de la legislacion que nos rije.

Los economistas dicen: *dejad hacer, dejad pasar.*

Pero la libertad concedida al trabajo y á los cambios no produciria sino resultados muy incompletos, si el pensamiento no disfrutara tambien de esa misma libertad. El hombre no es ni puede ser una máquina ciega: la inteligencia preside á todas sus determinaciones y á todos sus actos. La inteligencia es su poderoso instrumento de trabajo; los brazos no son más que auxiliares. Cuanto más perfecto es el instrumento, más fecundo es el trabajo. ¿Y cómo podria desenvolverse la inteligencia si se le prohibiese llevar sus investigaciones á todas las esferas abiertas á su actividad?

Tan evidentes son estas verdades, que puede uno preguntar y hasta extrañarse de que hayan sido desconocidas en la práctica.

Hé aquí la razon.

La humanidad ha salido de la infancia y subido por grados de la barbárie á la civilizacion, sometiendo la naturaleza á sus leyes en el órden material, y descubriendo la verdad en el órden moral.

¿Ha empleado dos procedimientos distintos para progresar en una y otra vía? A primera vista, esta cuestion parece ociosa; se contestará únicamente que el hombre se ha levantado por sobre la barbárie, por medio de su inteligencia. Pero si pretendéis que continúe sirviéndose de este mismo instrumento que tantos beneficios le ha reportado para subir más y más, pronto oireis la voz de ¡alto!

Y habrá que hacer distinciones entre las verdades del órden material y las del órden moral.

Se os concederá el uso de vuestro pensamiento para las primeras; pero en cuanto á las segundas, llegarán las restricciones.

«Ocupaos, os dirán, de matemáticas, de física, de química, de me-

cánica; buscad, inventad, perfeccionad. Pero, si se trata de moral, de religion, de filosofía, de política, tenemos que vigilar, reglamentar vuestro pensamiento, poner límites, y esto tanto en vuestro bien cuanto en el de la sociedad.»

Prescindiendo del móvil interesado que suele dictar tan extrañas medidas de recelo, nos concretaremos á demostrar que la razon misma las condena. Tomaremos la humanidad desde su cuna, y siguiendo cada uno de sus pasos en la doble vía que tenía abierta ante sus ojos, veremos que ha empleado los mismos procedimientos para progresar en el órden material que en el órden moral, y que los progresos adquiridos son segura garantía de lo que todavía queda por recorrer.

Tomemos, pues, la humanidad desde su cuna, y veamos la marcha que ha seguido.

Para satisfacer la más inmediata necesidad, la más urgente, la necesidad de comer, el hombre se precipitó sobre las frutas espontáneas, sobre los animales salvajes que bajo su mano encontraba. Luego tuvo que ir más léjos á buscarlos; por fin, desapareciendo las frutas con los cambios de estacion, haciéndose más escasos los animales con motivo de la destruccion, tuvo, á pesar de repugnarle, que contentarse con alimentos de órden más inferior.

Esta primera advertencia del padecimiento, varias veces repetido, aconsejándole el ahorro, hizo subir á su educacion intelectual el primer escalon, el de LA EXPERIENCIA PERSONAL.

Pero multiplicándose los obstáculos y las necesidades, y con ellos la privacion, su propia experiencia no le bastó: sintió la necesidad de ayudarse de la de sus semejantes: inventó la palabra, y llegó al segundo grado, el de LA EXPERIENCIA COMUNICADA.

Por fin, la vida con su contínuo movimiento de expansion, provocaba igual movimiento en los medios de satisfaccion, y la siguiente generacion añadió á su propia experiencia la experiencia de la anterior generacion. El tercer escalon se habia franqueado, el de LA EXPERIENCIA TRANSMITIDA.

Así, en sus conquistas sobre la naturaleza, la inteligencia humana ha caminado apoyada sobre esas tres fuerzas: LA EXPERIENCIA, LA COMUNICACION, LA TRADICION.

¿Ha usado distintos medios en sus conquistas morales?

Cuando el hombre, ayudándose de sus propias luces, de las de sus vecinos y de las de sus padres, llegó á asegurar sus medios de existencia, muy pronto se presentaron ante sus ojos las necesidades del órden moral. Vió sus provisiones expuestas al robo y al pillaje, y comprendió la injusticia. Pero como la mayor parte del tiempo no podia contrarrestarla, ni tampoco castigar al expoliador, sintió que el medio más seguro de combatirla era inspirar á sus semejantes el ódio que contra la injusticia habia concebido. Y esto fué tanto más fácil, cuanto que todos más ó ménos habian experimentado sus efectos: de aquí un conjunto de diversas formas bajo las cuales habia aparecido la injusticia. Entónces, la ley del respeto á la sociedad fué reconocida por todos los miembros de la comunidad como ley tutelar. Despues vinieron los medios de conseguir su extricta observancia, y el castigo de los delinquentes; de aquí, la necesidad de discutir la organizacion política de la tribu. Leyes y organizacion todavía muy rudimentarias, pero perfeccionadas todos los dias por las varias generaciones que iban sucediéndose y aportando el fruto de SU PROPIA EXPERIENCIA.

No era suficiente haber tomado las medidas para castigar á los malvados; preciso era hacer un esfuerzo para precaver las faltas, y para esto lograr infundir en los corazones el amor al bien. De aquí, las investigaciones del espíritu humano en las altas regiones de la moral, y la aparicion de los principios que constituyen los deberes del hombre para con su Criador y para con sus semejantes; *la religion*, en una palabra, despues de *la política*.

Y así es que el órden moral por entero ha salido paulatinamente del cáos de las inteligencias.

Ya se vé cuán poco fundada es la distincion que se ha imaginado para conceder á los hombres la libertad para una cosa é imponerle restricciones en otra. Las leyes destinadas á cimentar el reino de la justicia y de la caridad sobre la tierra, lo mismo que las que nos enseñan la formacion de la riqueza, han sido descubiertas y perfeccionadas por medio de estas tres fuerzas combinadas: LA EXPERIENCIA, LA COMUNICACION, LA TRADICION.

A cada una de estas tres fuerzas corresponde una libertad: LIBER-

TAD DE PENSAMIENTO, LIBERTAD DE PALABRA, LIBERTAD DE ENSEÑANZA.

Estas libertades no tan solamente constituyen un derecho, sino una necesidad. Muy fácil nos será establecer lo que acabamos de apuntar mostrando la influencia que ejercen sobre todos nuestros intereses materiales.

Volviendo á nuestro punto de partida, dirémos que el lazo entre la política y la moral es la idea de derecho. El objeto de la política no es obligar á que el hombre sea virtuoso, sino proteger el derecho. Sin duda, el Estado descansa sobre la virtud, pero la virtud no es su objeto. A los ciudadanos toca el ser virtuosos: al Estado el ser justo. Para que la justicia exista en el Estado, es preciso que el individuo disfrute de todas las libertades á que tiene derecho: este es el deber del Estado; pero, para que el uso de esas libertades no sea dañino, es menester que el individuo sepa servirse de ellas para los demás y para el Estado: este es el deber estricto del ciudadano.

Así se vé cómo el derecho y la virtud se ligan para producir el orden y la paz, cómo la política y la moral se distinguen sin combatirse y se unen sin mezclarse.

### III

#### LA LIBERTAD DEL PENSAMIENTO.

El hecho histórico más universal, más continuo, es sin duda ninguna el que Bastiat ha designado bajo su verdadero nombre: «LA ESCLAVITUD MENTAL.»

Es la aberración del sentimiento religioso; es la sumisión ciega con que los hombres de todos los tiempos y de todos los países han sometido su conciencia á la conciencia de otros hombres; es la rara habilidad con que éstos han conquistado, mantenido, y sobre todo, explotado esta supremacía; es la múltiple variedad de formas que en sus doctas manos la superstición ha tomado; es, por fin, la incalculable multitud de vergüenzas, de miserias y de calamidades que esta misma superstición ha arrojado sobre la especie humana.

Cuando el cristianismo vino á poner remedio á todos estos males, la regla de conducta de sus ministros se encontró perfectamente delineada en aquellas memorables palabras del Maestro: «MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO.» El apego á las cosas terrestres habia sido, con efecto, el móvil generador de todas las teocracias, y el Maestro quiso salvar el cristianismo de las invasiones del espíritu teocrático.

Esta santa máxima fué traducida en lengua humana de la siguiente manera: «SEPARACION DE LAS COSAS ESPIRITUALES DE LAS TEMPORALES». Fué esa la barrera siempre respetada que la naciente Iglesia opuso á los conquistadores bárbaros, y que salvó su inviolabilidad. Pero esta sábia y prudente tradicion desapareció insensiblemente, y la Iglesia de Roma fué con el tiempo una potencia terrenal: las riquezas se amontonaron en su seno; tomó parte efectiva y siempre creciente en los negocios del mundo; hizo la guerra, intervino en todos los tratados, y se convirtió en teocracia: SU REINO FUÉ DE ESTE MUNDO.

Con sólo la fuerza material, nunca hubiera alcanzado tanto poder. Tuvo que echar mano de las mismas medidas usadas por las teocracias anteriores, y hasta por las contemporáneas en otras partes de la tierra, y en medio de esas medidas, la más infalible fué LA ESCLAVITUD DE LAS CONCIENCIAS.

Esa doctrina, claramente formulada en esta célebre frase de uno de los sucesores de San Pedro: *la libertad de conciencia es una locura*, fué mantenida por medio de argumentos teológicos y filosóficos. Los últimos solamente son los que deben ocupar aquí nuestra atencion.

Léjos de nosotros la idea de apurar una cuestion que desde hace siglos domina todas las demás que agitan al espíritu humano; sólo delinearemos sus rasgos principales; despues de las razones vendrán los hechos.

Y de esos mismos hechos, dejaremos aparte todos los que, aunque verídicos, revistan cierto carácter de acusacion, tales como la seducion por medio del fausto exterior, la intimidacion por medio de la persecucion de las herejías. Cuando se escribe de buena fé es menester apartar hasta la apariencia de la pasion; pues la verdad tachada de pasion pierde en la lucha la mitad de sus fuerzas, y despues se debe tener muy presente esta sábia observacion de Jefferson: «la experien-



cia me ha enseñado á confiar ménos en las conclusiones de la razon humana, y creer con más facilidad en la buena fé de las opiniones contrarias».

Nos concretaremos, pues, á combatir esa doctrina por medio del razonamiento sencillo y á demostrar la desastrosa influencia que tuvo en la condicion material de los pueblos. Mostraremos luego que á pesar de que el principio de la libertad de conciencia está proclamado como un derecho en la mayor parte de las naciones civilizadas, de hecho es el principio contrario el que predomina, y retrasa el triunfo definitivo de todas las demás libertades; por fin, indicaremos de qué manera podria esta libertad, sin sacudimientos ni violencias, pasar del estado precario donde vegeta á una franca y completa aplicacion, y así quedará descrito el primero en importancia de los fenómenos anormales de la sociedad, y trazado el camino que debe seguirse para hacerlo desaparecer.

Se invoca, en favor de la necesidad de una autoridad reguladora en materia de creencias, la debilidad y las pasiones del hombre; se hace alarde de nuestras flaquezas, cuyo catálogo es por desgracia bastante largo, y luego exclaman: ¿Es posible dejar sin guía y sin apoyo á tan mísera criatura? ¿Es prudente dejar á su disposicion arma tan terrible como el pensamiento?

Como se vé, siempre sale á plaza el sempiterno argumento del abuso contra el uso, es decir, el que siempre ha servido y continuará sirviendo de pretexto á todas las tiranías. Con este razonamiento, muy fácil es quitar al hombre el uso de todas sus facultades sin excepcion alguna, porque en todas, el mal está al lado del bien. La libertad de trasladarse de un lugar á otro es seguramente la más elemental, la más legítima, la más indispensable, la ménos inofensiva tambien en apariencia; sin embargo, parece ser que tiene sus inconvenientes, y si dijéramos que se sirven de estos inconvenientes para encarcelar la especie humana ó para quitarle el uso de sus piés, se nos contestaria probablemente que nuestra suposicion es absurda, que nuestra objecion no es seria.

El hecho, sin embargo, es exacto.

En un continente dos veces más poblado que Europa, el Asia, y

tambien en una parte del Africa, no es en verdad si se quiere la totalidad, sino la mitad del género humano la que está condenada á la mutilacion ó al encarcelamiento, bajo el pretexto de los peligros de la libre circulacion. Esto prueba que cuando se parte de un principio falso, se llega infaliblemente á sus más monstruosas consecuencias.

Y con efecto, el principio es falso.

Cuando el Supremo Hacedor ha puesto en el corazon del hombre, al lado del amor al bien, la tendencia al mal, es que lo ha creido necesario. En el órden de los intereses materiales, la mision del error es hacer que el hombre vuelva á la verdad por medio del sufrimiento que se impone ó impone á los demás, y de aquí se deduce la doble ley de la responsabilidad y de la solidaridad.

La analogía nos induce á pensar que así debe ser tambien en la esfera de los intereses espirituales; puesto que en ella tambien conduce el error al sufrimiento, y el sufrimiento á la verdad: por tanto, la perfectibilidad en esta cuestion está en el uso del libre albedrío.

A los socialistas que tienen la pretension de sustituir la autoridad á la responsabilidad, Bastiat ha contestado siempre: «*Probadme que no sois hombres como los demás*». Esta objecion se ha hecho tambien á las teocracias de todos los tiempos, y todas han blasonado de inspiracion divina.

Nos guardaremos muy mucho de entrar en discusion sobre materia tan resbaladiza; diremos solamente que bajo el punto de vista filosófico, de extrañar sería que el Supremo Hacedor, que nos ha dado brazos para trabajar, piernas para andar, cabeza para pensar, nos hubiera dado conciencia para no servirnos de ella.

Luego podriamos preguntar en qué consistiria la moralidad de nuestras acciones, si nos fuera prohibido discutir la verdad para admitirla ó rechazarla. Se nos contestará: «*Sereis recompensados ó castigados segun que creais ó nó en la mision que hemos recibido de enseñaros esta verdad, es decir, en nuestra infalibilidad*».

De esta manera, toda la moralidad del hombre se resumiria en la discusion de ese hecho sencille; y la verdad fundamental, sublime, la que define la naturaleza de nuestras relaciones con el Supremo Hacedor, ¿esa no podríamos discutirla? Nos parece que es reducir á propor-

ciones muy pequeñas el papel de la conciencia, el círculo de la moralidad. Otro argumento que no es sino la continuación del primero, es el gran interés que la sociedad tiene en mantener en su seno LA UNIDAD de creencias. Este sofisma descansa en una comprensión errónea de la palabra *unidad*. Vamos á darle su verdadero sentido.

En la contemplación de la naturaleza, mientras el hombre vulgar sólo admira *la diversidad*, la ciencia, que mira las cosas de cerca, descubre *la unidad*. Estos son, con efecto, los dos principales é inseparables caracteres de la creación; la palabra *universo* es la expresión de esta verdad; *la diversidad* se extiende á los menores detalles: diferencia, no tan solamente los géneros, las especies, los individuos, sino las partes homogéneas de cada individuo; *la unidad* reúne, por medio de un lazo visible para los ojos de la ciencia, esos elementos diversos en un solo haz, y los une por medio de invencible lazo, á un principio único: al Supremo Hacedor. En la obra de la creación hay *diversidad sin antagonismo, unidad sin uniformidad*. En otros términos, *la unidad* es la combinación armónica de *la diversidad*. Esto es, *la unidad* está en todas partes en la naturaleza animada; *la uniformidad* en ninguna. ¿Por qué? Porque *la unidad* es la vida y *la uniformidad* la muerte.

Razonando aquí también por analogía, ¿es posible admitir que las leyes particulares que rigen la conciencia, constituyan excepción de las leyes generales del universo? ¿que sólo ellas admitan el mortal principio de la uniformidad? Se ha dicho que la excepción confirma la regla: mejor sería decir que la destruye. Diariamente, en efecto, la ciencia hace constar que fenómenos considerados hasta ahora como excepcionales no son más que el producto de una ley que no se conocía; que todo está fuertemente ligado, sin la menor solución de continuidad, en la inmensa obra del Supremo Hacedor.

La observación aplicada al hecho particular que nos ocupa, ha probado que está de acuerdo con el conjunto del sistema: observación hecha en grande, en la mayor escala posible, sobre un hemisferio.

La América está dividida en dos partes casi iguales. En la América del Norte, domina la libertad de conciencia, y, como consecuencia, una *diversidad* sin límites de sectas todas reunidas bajo el gran

principio de la *unidad* cristiana, como los hijos de una misma familia que solamente se diferencian por el nombre de pila.

En la América del Sur, salvo muy contadas excepciones, reina la esclavitud mental, y como consecuencia la *uniformidad*.

En el Norte, el sentimiento religioso lleno de fervor y de vida, imprime á los caracteres un notable sello de moralidad y nunca degenera en antagonismo violento. En el Sur, herido de inercia, el sentimiento religioso se evapora ruidosamente en las prácticas y las pompas del culto, pero no llega al alma y deja la sociedad entregada á todos los desórdenes.

Esta diferencia se explica: el sentimiento de la rivalidad opera sobre el fervor religioso, como el aguijon de la competencia sobre el interés personal. Y esto es tanto más verdadero, cuanto que la Iglesia católica de la Union americana, tiene, bajo todos conceptos, una superioridad inmensa sobre la de la América Meridional.

No creémos que sea permitido prohibir al hombre el uso de la más noble de sus facultades y el exámen de la cuestion que más le interesa: la naturaleza de sus relaciones con el Supremo Hacedor y el problema de su destino futuro.

Si esta cuestion no interesara más que á nuestra vida futura, no hubiera sido objeto de nuestra atencion. Pero el error, sea cual fuere su naturaleza, se resuelve inevitablemente en daño material, y por tanto, en ese concepto entra en el dominio de la economía política. Tiene otro inconveniente: el de engendrar muchos y variados errores.

Vamos á tratar la cuestion bajo estos dos aspectos.

El hombre desheredado de uno de sus principales atributos, la libertad, no es más que un sér incompleto. Privado de su principal resorte moral en la vida especulativa, pierde una parte notable de su valor en la vida activa; su energía se extingue en una esclavitud mayor ó menor, segun sea esa esclavitud completa ó parcial.

Muchas son las pruebas en apoyo de esta verdad.

Si comparásemos las dos Américas bajo el punto de vista de la actividad industrial y de la prosperidad material, encontraríamos una diferencia inmensa entre la religion del libre exámen y la de la autoridad impuesta. Pero podria creerse que esta diferencia tiene por causa

el genio peculiar de las dos razas, á pesar de que en nuestra opinion, el carácter distinto de los pueblos es únicamente el resultado de sus instituciones. Busquemos, por lo tanto, nuestros puntos de comparacion, no ya en medio de las naciones europeas entre sí, sino entre los moradores de un mismo país. Si recorreis la Alemania ó la Suiza, todo país, en una palabra, donde los dos principios vivan al lado uno del otro, encontrareis en todas partes lo mismo que en América, la superioridad inmensa moral y material de los pueblos que gozan de la libertad de conciencia sobre los que carecen de ella. Y si esto no fuere bastante, ¿no es notorio que el pueblo que ha ocupado el primer lugar en la historia del mundo era uno de los más miserables de Europa, y sin embargo, Roma tenía el cetro de la dominacion de las conciencias? Y á pesar de que queda todavía mucho por hacer, ¿qué diferencia entre los Estados Pontificios de 1870, y estos mismos Estados hoy, parte integrante de la unidad Italiana!

Se nos dirá, sin duda, que en el código de la mayor parte de las naciones civilizadas, la libertad de conciencia está admitida en principio. De acuerdo; pero en la práctica es otra cosa. Una razon sola nos bastaria para probarlo. En el pequeño grupo de religiones que en Europa gozan del derecho de ciudadanía, hay algunas que descansan en las negacion de los derechos de la conciencia. Pues los subsidios, los favores excepcionales de que son objeto, contribuyen á propagar el principio que ostentan con un fervor tanto más ardiente cuanto que en él estriba su razon de ser.

Y esto sentado, ¿puede causar extrañeza que el espíritu de absolutismo se infiltre en toda la sociedad, y con él el espíritu de intolerancia contra las ideas liberales? Así es como el error engendra el error.

Mr. Guizot ha caracterizado esta situacion dolorosa en las siguientes líneas: «En nuestros dias, por el curso de los acontecimientos, por las faltas recíprocas, la religion y la sociedad han dejado de comprenderse y de marchar de concierto. Las ideas, los sentimientos, los intereses que prevalecen ahora en la vida temporal han sido y son todos los dias condenados, reprobados en nombre de las ideas, de los sentimientos, de los intereses de la vida eterna. La religion lanza su anatema

sobre el mundo nuevo y se aparta de él; el mundo está muy cerca de aceptar el anatema y la separacion.»

Palabras proféticas, pero la conclusion nos parece que no será, por desgracia, tan sencilla como pacífica. Llegadas las cosas á este punto, la guerra es inminente por no decir inevitable entre los dos principios antagónicos: guerra deplorable por los medios empleados, que son por una parte el artificio, por la otra la violencia, guerra no ménos deplorable por su desenlace, que es, ó el predominio, mortal para la civilizacion, del elemento teocrático, ó el aniquilamiento del sentimiento religioso, y en todo caso, la persecucion de las conciencias.

La economía política tiene por mision estudiar los fenómenos normales ó anormales de la sociedad. Indica suficientemente el remedio para estos últimos, señalando las causas que los han producido. El origen del que acabamos de describir es evidentemente el olvido completo del principio que habia sido piedra fundamental de la Iglesia cristiana, y cuya observancia, durante los primeros siglos, habia puesto en salvo su existencia y mantenido su moralidad á un nivel que nunca más desde entónces ha logrado alcanzar: este principio es el de LA SEPARACION DE LAS COSAS ESPIRITUALES DE LAS TEMPORALES, el divorcio de la Iglesia y del Estado, la independendencia respectiva de estas dos potencias de origen tan diverso, la supresion de todo favor, de todo privilegio; dígase lo que se quiera, el Estado no debe á la Iglesia otra cosa que lo que debe á todos los demás intereses de la sociedad: proteccion.

Ahí está el remedio, y tanto es así cuanto que en los países donde se cumple este principio, nunca puede observarse el espectáculo desconsolador que indica Mr. Guizot en las líneas que hemos citado, ni tampoco los desórdenes que son inevitable consecuencia de tan anormal estado de cosas. La Religion y la Política, no teniendo ningun punto de contacto, no pueden encontrarse frente á frente; cada una llena pacíficamente su mision, sin ocuparse de la otra, sin tratar de invadir su territorio, sin echar mano de las pasiones, sin llenar los espíritus de inquietud ni sobresalto, sin turbar la sociedad.

No es en un rincon aislado de nuestro planeta, no es en poblaciones diseminadas y poco numerosas donde los beneficios de semejante

régimen han podido observarse, sino en naciones poderosas bajo todos conceptos.

Además, la consecuencia natural de este mismo régimen es la más lata tolerancia en materia de creencias religiosas, la más absoluta libertad de discusión; pues en esos países se tiene bastante fé en la sabiduría del Supremo Hacedor, para admitir que tratándose de religion, lo mismo que de cualquier otra materia, la libertad de discusión debe infaliblemente redundar en beneficio de todos, porque ella es el triunfo de la verdad sobre el error.

EUGENIO AMADIS.



---

---

# ESTUDIO SOBRE LAS OBRAS DE LOPE DE VEGA.

---

## CAPITULO VI.

### SIGNIFICACION DE LOPE EN LA HISTORIA DEL TEATRO ESPAÑOL.

No hay mérito tan grande como el mérito de la originalidad; porque los sucesivos perfeccionamientos de una obra realizados por el aprovechamiento de los precedentes ó anteriores, no revelan el supremo esfuerzo de la genial inteligencia que arrebató al caos las formas primitivas de una creación, rayo de luz que iluminará toda la vía, primer jalón clavado en tierra para señalar el punto de partida en aquella áspera senda á las generaciones que la emprendan con la alentadora fé de sus principios y con el estímulo poderoso del ejemplo. Esta es la obra inolvidable del fénix de los ingenios españoles, no deslucida por sus continuadores ni adivinada por los que ensayaron en el mismo género ántes que él. Al contemplar á Tirso de Molina, á Moreto, á Ruiz de Alarcón, á Rojas, por su valía indisputable colocados en primera línea en la historia del arte dramático español, se reconoce sin menoscabar su importancia respectiva ni repudiar las legítimas mejoras que trajeron, que su gloria y su brillo son reflejos de la aureo-



la esplendorosa de Lope: es necesario avanzar hasta las obras del incomparable creador de Segismundo para encontrar el sello de una excepcional grandeza. Y si retrocedemos más allá de los últimos días del siglo xvi, investigando con religioso respeto los orígenes de la rama literaria, aparecerá la Talía castellana, como ha dicho Ventura de la Vega en fluidas y elegantes décimas, yaciendo oscura, pobre, en paños humildísimos envuelta, cuando el genio de Lope arrojaba sobre sus hombros áureo manto formado con el inmenso tesoro de su rica fantasía.

Busquemos la confirmación de estas palabras recorriendo una cadena de numerosos eslabones que se pierden entre las trovas amorosas y las danzas de juglares que peregrinaban al azar de pueblo en pueblo.

Cerremos el oído para que no le ofendan aquellas farsas indecentes de los juegos de escarnio primitivos, grotescas escenas alimentadas de la chanza impura, del chiste soez y chocarrero, sabroso y grato á las incultas muchedumbres sólo; escenas improvisadas casi siempre, modeladas sobre el invariable patron del gracioso mentecato, representadas por aquellos histriones depravados y vulgares sin intuición estética ni finalidad artística, infames por el estigma de sus propios vicios más que por la condenación de las sábias leyes de Partida y por el anatema de la bastante laxa moral pública; propagadores por lucro y conveniencia de indignas producciones que no fueron orígenes del arte sino su más rotunda negación. Prescindamos también de los que con más decoro procuraban agradables entretenimientos é inocente solaz á los palacios de nobles y monarcas, echando los cimientos de la futura *gaya ciencia*: y de aquellas representaciones de los templos dadas á los fieles para llevar á sus entendimientos con el calor, relieve y movimiento de la escena la enseñanza fecunda de los misterios religiosos, desplegando más recta voluntad é intención sana que artificio en aquellos diálogos sencillos que revueltos en el polvo de los archivos de las vetustas catedrales vinieron á inspirar la *Danza de la muerte* del rabí D. Santo. Pasemos de largo sobre la perdida alegoría de Villena destinada á festejar en Zaragoza á D. Fernando el Honesto de Aragon, que aún dudamos si fué joya de la lengua lemosina; sobre la *comedieta de Pon-*

za del marqués de Santillana, desenterrada recientemente por Ochoa, tributo de lágrimas á una derrota de las armas españolas, donde la voz de Bocaccio y la del poeta se mezclan á la *fabla* de la infanta y de las dos reinas soberanas; y pasemos, por último, sobre las famosas coplas que derramaron su cáustica censura sobre el reinado de D. Enrique IV el Impotente, sean de Cota ó de Hernando del Pulgar, que por sus formas de égloga, que por su libertad de sátira, se alejan demasiado de la verdadera complexion dramática cuyos rudimentos comienzan con Encina.

Juan del Encina, sin embargo, no habia adelantado con sus entretenidas églogas religiosas y profanas mucho más allá de lo que las *Coplas de Mingo Revulgo* representaban respecto á complexion dramática, aunque por sus composiciones numerosas y variadas donde hablan siempre los interlocutores sin intervencion directa del poeta, manifieste una tendencia muy sensible hácia la formacion de nuestro teatro. Sufran análisis todas aquellas cuyos asunto relatan como principales y mejor llevados Jorge Ticknor, el baron de Schack y Gil de Zárate, y cuando la crítica revistiéndose de toda su indulgencia pregunte por el nudo, pida el enredo de la trama, desaparecerá toda idea de comedia para dejarnos sólo el dulce dejo de un ameno diálogo, la viva gracia de una frase decorosa, el encanto de la naturalidad de su lenguaje y la elegancia de sus rimas armoniosas, distinguidas por una delicadeza no alcanzada ántes de que viniera á nuestra métrica el endecasílabo italiano.

Tras de los nombres olvidados de Diego de Madrid, de Juan de Torres, de Diego de Avila, de Fernan-Lopez de Languas, de Pedro Manuel de Urrea y de otros pocos que vivieron próximamente en la época de Encina; tras del lusitano Gil Vicente, que algo notable hizo en la lengua de Mena y Santillana; tras de Lúcas Fernandez, cuyas *Farsas y églogas* tienen mucha gracia, pero una sencillísima estructura, viene la turba numerosa de infieles traductores y de imitadores libres de griegos y latinos; vienen los que como Villalobos y Simon Abril, y Vazco Diaz, y Perez de Oliva, y Boscan, y Mal-Lara, y el P. Gerónimo Bermudez, y Timoneda, y Cristóbal de Virués, y Lupercio Leonardo de Argensola, oscilando entre sus modelos paganos y

el influjo creciente de las ideas que estaban en el espíritu del pueblo, sin éxito unas veces, con aplauso de doctos cuando más, demostraron con la razón de la experiencia que la musa dramática española, como crisálida rastrera, necesitaba arrojar su tosca larva de preocupaciones clásicas para ostentar los colores brillantes de las alas con que debía remontarse en ulteriores épocas hasta los cielos purísimos del arte.

Ya en 1517 habia publicado en Nápoles su *Propaladia* Bartolomé de Torres Naharro, merecedor de que se le distinga de tantos vulgares escritores en lo que concierne al género dramático, aunque Virués y Lupercio de Argensola le superaran andando otros caminos. Torres Naharro, empero, era todavía víctima de las ligaduras que su estrecha preceptiva aconsejaba su *Himenea*, su obra de acción más regular, por cumplir el capricho de Horacio arrastra en cinco actos una fábula sencilla que con ménos divisiones alcanzaria más vida y movimiento; y aunque la comedia de capa y espada aparece en ella como en gérmen necesita todo el impulso de Lope de Vega para su libre desarrollo. Y en cuanto á su influencia, preciso es decir que fué completamente nula. Lo que se le permitió en Italia se le prohibió en España. La Inquisición, mutilando sus obras é impidiendo sus representaciones, les destinó análoga suerte á la que despues tuvieron el *Francisco de las llavas*, la *Tesorina* y la *Tidea* de Jaime de Huete. Eran tiempos mejores para dedicarse á escribir autos como Pedro de Altamira, Juan Pastor, Estéban Martinez y Ausías Izquierdo Zebrero. Lo demás era entretenerse en curiosidades de erudito que no pasaban del gabinete á la escena.

Altos méritos tiene tambien Lope de Rueda en aquella infancia del arte por los acertados caracteres que trazaba, por su manejo del idioma, por su ingenio, por los adelantos materiales que llevó á la escena; pero entre sus apólogos sencillos y la regular comedia existe alguna diferencia.

Igualmente sencillo es el discreto Benavente; Juan de la Cueva hinchado y lírico; y aun de Cervántes, feliz en sus más ligeros entremeses, con perdon de Nasarre podemos afirmar que revela en el resto de sus descuidados escritos del género dramático, más necesidad de producir que verdadera vocacion, á pesar de lo cual supera á muchos

de los ya citados, y á otros como Artieda, Miranda, Avendaño, Rodrigo Alonso, Cisneros, Romero de Cepeda y tantos olvidados que podrían dar colosales dimensiones á la lista de los que entónces florecieron.

De manera que por cuanto hemos indicado se deduce que aquel fárrago de mil quinientas ochenta y siete piezas dramáticas anteriores á Lope que enumera Moratin, cuyo catálogo aumentaron Ochoa, Tapia, Moron y Bohl de Faber, únicamente representa el hacinamiento de abundantes materiales con los que se habia de construir el teatro nacional. «Faltaba, dice Duran, una inteligencia superior que abarcando con una mirada sola este caos de elementos diseminados, y despojándolos de sus formas divergentes, supiese ponerlos en armonía». Formas divergentes habia, en efecto, en aquella literatura, y así lo comprenden todos los críticos. Estaba de una parte la poesía erudita, abstraída y casi completamente agena á cuanto la rodeaba, alimentándose de los modelos griegos y bebiendo las inspiraciones de la Italia antigua y moderna, de la Italia de Horacio y de Virgilio y de la Italia de Dante y de Petrarca. Estaba de otro lado la poesía popular, pobre de formas como hija de la espontaneidad, rica de colores y de sentimiento, como que arrancaba del corazon de la patria, se nutria de sus emociones y tendia á manifestar sus ideales. Ambas necesitaban por mútua conveniencia confundirse como si fuesen respectivamente la brillantez de la corola y la delicadeza del aroma que se contemplaban para realzar el encanto de una misma flor. No podia sin este doble concurso surgir el teatro nacional, porque la obra dramática es la produccion literaria más complicada, más difícil, y ha menester de la reflexion y del estudio; es destinada al pueblo, debe emocionar á todos despertando afectos que á todos los corazones interesen, y es preciso que refleje ideas y sentimientos generales para ello.

No eran tiempos de filosófica crítica para comprender estas necesidades y tender á llenarlas con juiciosa y detenida deliberacion, y estaba reservado á la audacia irreflexiva de Lope de Vega romper con su genial instinto añejas preocupaciones para llegar con gigantesco esfuerzo á la resolucion del gran problema.

Ya hemos visto que hacía esto con remordimientos. De todos

modos, como la valía de la obra de Lope es independiente de la estimación que él le concediera, hay que asignarle en la historia del teatro español el lugar altísimo que como fundador le corresponde. Redoblóse la actividad y el número de los autores dramáticos con el estímulo de un éxito tan asombroso, resaltando en todos, á pesar de su multitud y variedad, los caracteres esenciales del drama novelesco que el *fénix de los ingenios* modeló. Montalban, Mira de Mescua, Miguel Sanchez, Guillen de Castro, Ramon, Tárrega, Aguilar y la mayor parte de los citados en el *Para todos*, en el *Viaje entretenido* de Agustín de Rojas y en el prólogo de las comedias de Cervantes, son vivos ejemplos que demuestran el influjo incontrastable á que nos referimos: influjo que tuvo ciertamente su parte dolorosa (porque todos los errores de Lope que despues veremos se reprodujeron por imitadores sin discernimiento), aunque ámpliamente compensada con los frutos que dió aquella enseñanza en otros escritores de talento y discrecion, glorias del siglo xvii cuyos esplendores duran hasta Zamora y Cañizares.

Alguien ha dicho, hablando de la importancia y significación de Lope, que fué creador y padre de la dramática moderna «no sólo en España sino en toda Europa» (1). Esto nos mueve á pasear una mirada sobre las principales literaturas europeas ántes de finalizar este capítulo, para saber si tal aseveración fué *lapsus* de una pluma en un raptó de perdonable orgullo nacional.

Cinco pontificados y una parte del de Paulo IV habian corrido al nacer Lope de Vega desde aquellos dias de gloria literaria para Italia en que brilló la protección de Leon X. Trissino entónces con su *Sophonisbe*, más tarde Rucellai con *Rosamunda*, dirigian el renacimiento de la tragedia clásica que en el siglo xv ya comenzaba á revivir con los esfuerzos de Polentone y Collenuccio. Modelada tambien sobre los clásicos, brotaba la comedia con el cardenal Bibbiena, Machiavelo y Cechi. El drama bucólico empezó con el *Pastor Fido* de

---

(1) D. Antonio Gil de Zárate.

Guarini, ejemplo aprovechado por literatos españoles. Cuando nació Lope, Italia habia dado ya impulso á su teatro y en todas las córtes se multiplicaban las representaciones. Pero sí es cierto que la nombradía del *fénix español* llegó á Nápoles, á Milan y á Roma (como hasta el mismo serrallo de Constantinopla) donde se representaron algunas de sus obras traducidas, aunque no dejara en ninguno de estos puntos luminosa estela su romanticismo. Vino despues la decadencia italiana, más fuerte que el talento y méritos de Porta; y cuando de nuevo la tragedia se levantó con la *Merope* de Maffei, predominaba aún el mismo gusto de la antigüedad. El gran Alfieri aprendió en la edad madura el griego para leer á Esquilo, á Sófocles y á Eurípedes, que habian de alejarle de la que él llamaba «molicie metastásica». Gerónimo Gigli traducia *El hipócrita* de Molière y *Los litigantes* de Racine para enseñanza de los autores cómicos que habian de preparar el advenimiento de Goldoni. Nada hay de comun entre todo esto y el drama romántico; y cuando surge con Manzoni y triunfa despues con Giacomelli, estaba muy léjos ya Lope de Vega para ejercer directamente influjo.

En Inglaterra el drama romántico no debe nada á España; bosquejábalo Marlowe, y miéntras nacia entre nosotros, allí alcanzaba su apogeo con Shakespeare, que solamente acude alguna vez á la literatura italiana buscando inspiraciones y que transforma siempre completamente lo que se asimila, con su poderosa originalidad.

A principios del siglo XVIII ensayaba Gottsched en Alemania seguir la huella de los clásicos franceses, miéntras llegaba Lessing para alzar el drama romántico con caractéres exclusivamente nacionales. Lo que han hecho despues Schiller y Goethe tiene un valor propio indiscutible.

Portugal recibió algo de España: más que inspiracion para sus escritores, distraccion para su pueblo, cuya lira enmudeció bajo la dominacion que rompía su independendia tras la triste jornada en que desapareció el rey D. Sebastian que ha inspirado el más sublime drama de Zorrilla.

Donde es más sensible la influencia de la dramática de nuestra edad de oro es en Francia: sabido es que allí como en España se daba

prestigio á cualquier pieza atribuyéndosela á Lope, y sabido es lo que Corneille y Molière aprendieron en él. Pero bien pronto el teatro francés toma decididamente rumbos clásicos creando un gusto que impone á toda Europa.

Por lo que concierne á Italia y á Francia, podrían oponernos algunas palabras de las *Reflexiones históricas y críticas sobre los diferentes teatros de Europa*, obra de Riccobini en 1738, y otras de la conocida *Historia comparada* de Puybusque, que llenan el corazón de todo español de legítimo alborozo. En ellas estriba Roque Barcia un párrafo que concluye: «Con razón se ha dicho por propios y extraños que el teatro español es el ilustre fundador del teatro de Europa», (Dicc. etim. V, 51). Pero aparte de que las traducciones numerosas de piezas españolas á que se refiere Riccobini prueban sólo su popularidad y no su influencia en la dirección de los principales escritores que figuran en el movimiento literario de la Italia de su época; prescindiendo igualmente de que distinguimos la influencia directa que tuviese Lope en el extranjero, de la influencia que ejercieron en el extranjero los continuadores de su teatro en la España del siglo xvii; resalta por encima de todo como hecho incontestable la formación independiente del teatro de Shakespeare, y su influencia misma (gloria que también él puede reclamarla), muy notoria en la revolución de la literatura alemana en el último tercio del siglo xviii; y en último término siempre habrá que confesar la exageración que encierra atribuir á Lope de Vega esa *paternidad* tan absoluta y lata, á virtud de la cual se califica de creación exclusivamente suya nada ménos que toda la moderna literatura dramática europea. Sea esto dicho sin ánimo de menoscabar en lo más mínimo el valor intrínseco de aquel glorioso teatro que coronó brillantemente Calderón, del cual ha dicho un escritor francés, Leo Quesnel si mal no recordamos, que no reconoce más rival verdaderamente digno de él que el de la antigua Grecia.

Ahora bien: si hay para los pueblos y para los individuos otra gloria que no es la de dirigir las literaturas extranjeras, sino la de anterioridad ó prelación en el cultivo de un determinado género, cabe á España compartir con Inglaterra el regocijo legítimo de haber fundado

un teatro romántico que no tuvo en mucho tiempo paralelo en los demás países, á pesar de que forzosamente habia de nacer en todas partes, y arraigarse, y destronar al clásico, por la misma esencia y naturaleza de la concepcion dramática. Lope es inferior á Shakespeare; pero la nacion española, con mejor sentido que la inglesa, perfeccionaba la obra de su fénix miéntras la Gran Bretaña olvidaba su más alta honra.

AURELIO MITJANS.

*(Continuará).*





---

---

## LOS ORADORES DE CUBA.

---

### III

Si se examina, siquiera sea someramente, el espacio de tiempo comprendido entre el final de la revolución cubana y este año de 1886, habrá de convenirse en que tengo razón llamándolo «una era nueva»: la sociedad aquella, tal como era hasta 1868, se ha transformado, y es hoy otra cosa muy diferente, siendo á la vez sustancialmente la misma.

Ahora se abre una jornada más cuyo paradero ni se vé, ni puede vaticinarse. San Jerónimo podría repetir con oportunidad, en esta hora confusa y temerosa, la frase que enunciára en calamitosos días: «*incerta sunt omnia*».

Algo de historia debo decir también al reseñar la elocuencia en aquel período; mas, seré breve y rápido, porque habré de ceñirme á lo indispensable. A la altura á que hemos llegado, en que hasta se proclama que «*el medio*» es el autor del drama de la historia (1), no es posible, por más que se esté en desacuerdo con afirmación tan exagerada como absoluta (y por lo mismo falsa), prescindir de algunas in-

---

(1) Véase el último libro de Paul Maugeolle, *Les Problèmes de l' Histoire*, 1886;

dicaciones sobre el tiempo y el lugar, es decir, las circunstancias exteriores.

Todo parecía, en aquel espacio de tiempo, convidar y concurrir á un renacimiento, á un nuevo porvenir de prosperidad, de política reparadora, de paz moral y profunda, de progreso continuo, de verdadera evolución pacífica. La cesación de la contienda, ansiada por tantos en el secreto de sus conciencias, solicitada abiertamente, desde 1876, por D. Manuel Perez de Molina, abogado peninsular que habia intentado reclamarla y prepararla por medio de un periódico, cuyo prospecto sólo vió la luz, fué al cabo un hecho que llenó de asombro á mucha gente, que á algunos irritó de véras, á quien falsamente, y que á otros desconcertó y amargó para siempre; pero que fué generalmente recibido con júbilo: los españoles no alcanzaban á dominar y vencer á los cubanos, y los cubanos no lograban arrojar á los españoles de la Isla, y así pasaban mortales años y en tanto íbase devastando y destruyendo el país. . . . La paz fué, por eso mismo, una solución; el convenio que la estatuyó y fijó, como quiera que se le juzgue, fué un pacto deficiente, estrecho; para muchos, para los mismos insurrectos que lo ajustaron, demasiadamente doloroso; para todos muy poco satisfactorio; pero tambien el único posible: si los españoles hubieran podido ahogar por completo á sus contrarios, de seguro que no les conceden tanto, y si los insurrectos hubieran podido sostenerse, es evidente que hubieran cedido ménos.

El hecho, pues, se impuso; por lo que aquellos que hubieran deseado la prosecución de la guerra y que aún, con soberbia altivez, trataron de continuarla á todo trance, tuvieron á la postre que detenerse, á pesar de su admirable heroísmo, en la senda terrible y estéril que habian tomado, y los que desconfiaban lo mismo que ántes de España, no creyeron oportuno estorbar con sus recelos el concierto alegre de los que celebraban el suceso, feliz para ellos, triste é inexplicable para otros.

Paseaban los insurrectos por la misma Habana, aún no desceñidos los machetes que habia enmohecido la sangre vieja de centenares de combates: mirábaseles como entes raros, extraños, algo simpáticos y sobre todo ya inofensivos. El general Martinez Campos absorvia todas

las alabanzas: se le llamaba *El Pacificador*, se le declaraba «*el ídolo del pueblo*»: parecía querer encarecerse, por tal manera, la importancia que revestía, ante la gratitud general, la obra que acababa de realizar, y significarse, al mismo tiempo, que no debiera jamás comprometerse en lo porvenir, reproduciendo las torpezas, las perfidias y las iniquidades de lo pasado.

Era la paz la necesidad primordial, y tan dominante de esta sociedad, se había revestido lo que llaman la política con tan siniestros atributos, que nadie pensó al principio en otra cosa sino en sentirse vivir de un modo diferente, en complacerse notando cómo se espereaban del entumecimiento de tantos años, á modo de quien de caliginosa cripta, habitada por alimañas y erizada de peligros, sale sin saber cómo, al aire libre y á la luz.

Mas, pasado aquel momento de estupor y de gozo, comenzaron á removerse y á presentarse muchos que creyeron prudente yacer ocultos y enmudecer largos años: el árbol seco iba á poblarse con las aves que, terminada la tormenta, se juntaban buscando los ramos más altos, para abrir desde allí sus alas, y recibir sobre sus mojadas plumas las caricias benéficas del primer rayo de sol.

\*  
\* \*

Dije anteriormente que la única manifestacion de la oratoria, durante la guerra, en aquella porcion de insulares que permaneció bajo la ley española, fué el foro. Y en efecto, distinguiéronse algunos abogados cubanos por la elocuencia de sus alegatos y defensas. Difícilmente podría ahora recordarlos á todos y acertar con la enumeracion exacta de sus condiciones y cualidades, pues que, de muchos de ellos, tendré que repetir lo que me hayan informado. Si se tiene en cuenta que el foro de Cuba es un mundo especial; que el ejercicio de la abogacía es aquí más práctico, más de oficina que científico; que apenas influye en jueces que se aburren y se duermen, oraciones que suelen decirse por fórmula, por requisito de ley ó costumbre, y que, entre nos-

otros, ante un tribunal se está siempre frente á algo hierático, semi-divino, indiscutible y melindrosamente pagado de su autoridad y gerarquía, ha de venirse á cuenta de que es difícil la verdadera independencia de la palabra y, por ende, la originalidad y el adelanto. Hay en la práctica un formulario, un modo siempre igual de ser, y ha de corresponderle en la producción la semejanza y el amaneramiento. Además, las salas de nuestra Audiencia son muy reducidas. Un poco ménos, y serian un ántro sombrío: parece como que se ha querido hacer al público partícipe de tales actos los ménos posible. Piénsese un poco y se convendrá en que tales tribunales son una derivación del Santo Oficio, que no está muy léjos en el tiempo, pero que ha tenido que modificarse algo bajo las influencias democráticas. Así se deduce también análoga advertencia para el que contempla el palacio del Congreso de Madrid. Es en lo interior un cilindro; abajo está el debate, arriba está el público; pero las tribunas son estrechas y la concurrencia popular y libre tiene que ser siempre escasa. Es la Monarquía absoluta revelando por la arquitectura el esfuerzo sordo y tenaz con que cede á la libertad y á la democracia.

Apesar de todo eso, desde la pléyade que formaban Carbonell, Cintra y otros que ya mencioné, hubo y hay en Cuba abogados muy notables y otros que por lo ménos tienen la cualidad ménos importante, porque es una cualidad de la raza, la facilidad. Algunos emigraron durante la guerra, y otros continuaron sus estudios ó los hicieron por completo en España ó en ciudades extranjeras. D. Antonio Gonzalez de Mendoza y D. Nicolás Azcárate estuvieron en la Península: allí se hicieron abogados Gibergera y vários más: en New York, que me conste, sólo el Ldo. D. Pablo Desverniné y Galdós (1).

Deseoso de apuntar las cualidades, sino de todos, de algunos letrados que no he podido oír, he solicitado las opiniones de diferentes personas entendidas y en especial de un querido amigo mio, que considero de muchísimo talento y grande penetración. De tales pesquisas

---

(1) D. José Manuel Mestre tomó el título de abogado, en New York; pero lo era ya en Cuba.

y mi propia observacion provienen las indicaciones que he de aventurar ahora.

\*  
\* \*

El Dr. D. Antonio Gonzalez de Mendoza, que acabo de citar, tiene poco nombre como orador forense y grande reputacion como abogado de bufete, y sin embargo, lo juzgo un estradista de primera fuerza. Hace varios años que pude oirle, en una cuestion por cierto enojosa, en que habia que citar muchas leyes y otras tantas sentencias. Por lo pronto ni una vez leyó sus notas, porque tiene una memoria extraordinaria, que yo llamaria «la memoria de las arideces». Cuéntase que siendo catedrático de Derecho Mercantil y Penal en nuestra Universidad, era la desesperacion de los estudiantes del cuarto año, porque les exigia diariamente veinte ó treinta artículos del Código de Comercio, no les perdonaba una coma y él jamás consultaba el texto. En aquellos estrados á que me refiero, me sorprendió sobre todo su facundia rápida y á la vez la correccion intachable. Pocas veces, sin embargo, habla, porque comprende que, achacoso de la garganta, no corresponde su voz á sus otras cualidades superiores.

Su compañero y amigo D. Nicolás Azcárate, si bien no tanta como él, tiene tambien grandísima memoria, sobresale por sus condiciones, como abogado de primer orden; aunque lo coloco debajo de Mendoza como estradista, por más que es metódico, escrupuloso, persuasivo y por esto mismo goza de fama merecida, áun desde los dias de Guiral, Armas y Carbonell, á cuyo lado brillaba cuando era todavía muy jóven. Su grande nombradía como orador forense le llevó á la Junta de Informacion, en 1866. El liberalismo de sus opiniones le obligó poco despues á abandonar la Isla nuevamente; se refugió en España donde dirigió un periódico, y adquirió importancia verdadera y legítima en los primeros tiempos que sucedieron en la Península á la revolucion de Setiembre. De españolismo tenaz, convencido y leal, y de espíritu conciliador (y siempre para mí quimérico) en política, ni vaciló en sus creencias, ni se desligó tampoco de los suyos por completo, áun cuando fueran antitéticas sus doctrinas, al punto de haber desempeñado

una comision de avenimiento y concordia, que no produjo los resultados risueños que él esperaba. Volvió á Cuba, tomó participacion en alguna tendencia política, de las que aquí han nacido para vivir un dia, y no tuvo por eso mismo consecuencia provechosa; procuró, como siempre, fomentar el amor á las letras, la pública cultura y, en tal propósito, amplió las primeras bases de la vacilante é indecisa institucion que, en sus manos, llegó á ser la Sociedad de recreo é instruccion denominada «El Nuevo Liceo».

Orador exclusivamente forense, á lo que me aseguran, es el señor Martinez Quintana. No hace mucho le oia yo afirmar á un distinguido letrado que el Sr. Quintana no habria de agradar hablando, fuera de los tribunales, á no ser en las academias de Derecho; pero le reconocia á la vez la perfecta posesion del tecnicismo del foro, riqueza inagotable de frases hechas para los informes; creia que hablaba bien, que formulaba mejor, concretando como nadie los suplicatorios. Otro me indicó que manejaba con algun éxito la ironía, que es un excelente abogado; pero que pertenece á una escuela vieja, áun cuando él se remozaba por su continuo roce con los jóvenes que lo ponen al corriente de las innovaciones jurídicas; por lo que el primero que me hablaba añadió sonriendo: es un árbol viejo cuyas hojas son siempre nuevas!

Pero se dice que como tipo de abogados muy notables, pero que en absoluto no son más que abogados, hombres-códigos, y á la vez y por aquella misma circunstancia,—excelentes estradistas, que exponen con facilidad y con elegancia, en un estilo castizamente forense, los más acabados son D. José Bruzon y D. Manuel de Jesús Ponce. No así, á lo que algunos piensan, el Dr. D. Eliseo Giberga. Es éste un abogado instruido, pero tambien es un espíritu que acaso se ahogue bajo la toga. Como estradista debe tener, pues que yo no he oido ninguno de sus alegatos, las mismas cualidades dominantes de su oratoria en otras esferas; es decir, debe hablar en la Audiencia con maravillosa soltura, por lo cual ha de sorprender su correccion. Tiene bríos de sobra, perspicacia y muchísimo talento; se eleva á ocasiones, sobre todo si sostiene alguna tésis espiritualista, y en ese caso suele desbordar el pensamiento en el cauce amplio y vago del lirismo, porque, además, el Sr. Giberga es poeta y tiene aficion muy grande á la

poesía y á las letras en cuyo estudio se deleita provechosamente. Se educó, como dije, en España, en Cataluña, y conserva aún su pronunciación ultramarina; pero es agradable oírle, aunque exagera los cambios de entonación y despoja por lo mismo sus discursos de las medias tintas que son acaso el requisito primero de la verdadera y más segura seducción.

\*  
\* \*

En tiempos en que suena tanto el nombre de D. José María Galvez, no detenerse en él un instante siquiera, sería inexcusable; mas como nunca lo he oído en estrados, debo ceñirme á decir lo que de él se piensa entre los abogados, como hombre de la profesión. Quién pretende que tiene mucha chispa, que escribe con gracia suma y concisión elegante; pero es lo cierto que dispone de un talento muy grande, de intención profunda y de positiva habilidad; por esto me aseguraba uno de sus colegas, que no está hecho para sobrellevar las prosáicas cargas del bufete, para resistir su rutina; sino para dirigir los asuntos, ingeniar recursos, desarrollar planes convenientes y exponerlos en estrados, ó en cualquier parte, con brillantez poco comun. Quién asegura que posee una memoria colosal de casos forenses, de sentencias, de disposiciones legislativas, lo que equivale á una mina riquísima de conocimientos prácticos, que él sabe aprovechar á tiempo; y no ha faltado quien me observara que por haberse convertido en hacendado no es positivamente el primer abogado de Cuba.

Por motivos semejantes á los que ya he indicado, sería imposible no referirme á los señores D. Carlos Saladrigas y D. Antonio Govin y Torres; pero no los conozco como abogados, y por otra parte, como sus cualidades no han de variar, ya hablen en estrados, ya en asuntos políticos, en su caso expondré la impresión que me han producido sus discursos tribunicios; aunque debo consignar aquí que he oído celebrar con verdadero entusiasmo sus defensas, algunas de ellas, si no todas, de periódicos liberales denunciados por virtud de la ley de imprenta, lo que habia de llevarlos por fuerza al terreno de la política, en que pronto habré de verlos en ejercicio como oradores y puedo

desde luego anticiparlo, como oradores notabilísimos, no inferiores por cierto, especialmente el primero, en tales materias, á muchos de los mejores de España.

Nombre, para mí muy estimado y simpático al público, por hartos motivos, es el de D. José Eugenio Bernal, superiorísimo abogado. Un jóven amigo mio que, en un viaje que hizo á Cuba por 1878, pudo relacionarse con el distinguido letrado, me dijo, de vuelta en New-York, que Bernal era para él, el tipo perfecto del abogado, y recuerdo que añadió, pretendiendo sin duda hacerle, en aquel sentido, el mejor de los elogios, que no leía, en sus cortos ócios, mas que las «*Sentencias del Tribunal Supremo de Justicia*» y otros horrores por el estilo. El jóven, en su entusiasmo, indudablemente, exageraba mucho; porque el Sr. Bernal es hombre muy culto y de instrucción y su buen gusto además no le permitiría, por muy honrado que sea, atrofiarse el cerebro con la exclusiva lectura de tan mortíferas producciones. Buena prueba de ello ha dado escribiendo de otras cosas para periódicos: me viene en este instante á la memoria un trabajo suyo de exposicion y crítica sobre «*Los Padres y los Hijos en el Siglo XIX*», que vió la luz, hace años, en la *Revista de Cuba*. El Sr. Bernal, sin embargo, no se descuida en el desenvolvimiento doctrinal de su profesion, y de aquí que lea tambien ó consulte leyes y sentencias. Precisamente, si no leyera mucho de otras materias, muy diferentes de las colecciones legales y de los códigos, sería inexplicable su personalidad de abogado. Nutrido de eso que llaman «ciencia jurídica», y otros dicen «Enciclopedia jurídica», es un letrado completo; pero su estilo sería injustificable sin sus otras lecturas. Le he oido algunas veces, en la Audiencia y fuera de ella. Es dicretísimo, fácil, se hace oír hasta el fin, domina su palabra y razona con lógica y claridad, á lo que contribuye su temperamento, no tanto como frio, aunque sí siempre sereno. Cuando era más jóven, estudiante de los últimos años de la Facultad de Derecho, asistia (como lo tengo apuntado yá) á una Academia que él y otros compañeros suyos habian establecido en el Colegio de «El Salvador». Tengo presente que en una sesion que presidia Piñeyro, discutieron éste y José Eugenio Bernal sobre si era ó nó una propiedad la llamada «propiedad intelectual». Precisamente allí estuvo frio, tranquilo, son-



riente Piñeyro, que llamó la atención de los demás sobre lo elocuente de la peroración de Bernal, por cierto fogosísima. Esta circunstancia me autoriza para pensar que es capaz cuando quiera de conmover por el calor, como ahora brilla por el razonamiento. Los abogados con quienes he departido sobre él, celebran sus informes en materias civiles, como obras bien preparadas, lo que no me sorprende porque es hombre de conciencia. Sus libros favoritos son franceses, y eso explica que á veces incurra en galicismos, aunque son tantos los que existen en castellano que es muy difícil encontrar escritor, y sobre todo, orador que no los emplee continuamente. Por mi parte, creo que no es cosa muy posible que pierda un pleito, si los pleitos deben ganarse por el interés que de su parte ponga el abogado en conocerlos. No me parece que es rigurosamente correcto; en cambio, su fisonomía serena, grave y simpática, y su ademán propio y noble, junto con las otras condiciones que he indicado, hacen de él un orador elegante y agradabilísimo.

\*  
\* \*

Compañero de estudios de Bernal y Ponce, y abogado de reputación, que en otras esferas ha hecho algún ruido en la Habana, por lo que tengo que mencionarlo aquí, es D. Francisco de la Cerra. Le conozco de vista solamente, y así debo atenerme á lo que piensan de él sus cofrades. De su verbosidad sí puedo dar fé: tiene que ser ahora tanta por lo ménos como cuando era alumno de la Universidad, y he de advertir que entónces era ciertamente extraordinaria. Por esta cualidad, por algo de la fisonomía, y porque principalmente es un chorro su palabra, se asemeja al malogrado Sr. Cruz Patricio, muerto hace poco, muy jóven aún, y cuando, salido apenas de las aulas, comenzaban á sonreírle la fortuna y la felicidad. Dícese del Sr. Cerra, que emplea con éxito el sarcasmo, que salpica sus discursos de anécdotas, chistes y equívocos que entretienen agradablemente á los magistrados. Alguien me ha asegurado que es delicioso como expositor de hechos, pero que acaso no puede elevarse hasta la fuente de las doctrinas, ó como quien dice, haría buenos *resultandos*, si fuera juez; pero tendría

el oficial que escribir los *considerandos*. De otro oí, que se expresa en la Sala ni más, ni ménos que si hablára en su bufete con los amigos, y á mí no me sorprende, porque amigo de los jueces ha de ser.

Como cofrade suyo, y más desventurado que él en sus aventuras políticas, debo mencionar ahora al Sr. D. Ramon de Armas, siquiera no hubiese más atendibles razones, que las hay, porque es abogado notable, y conocedor profundo del Derecho. Anteriormente he expuesto mi impresion sobre sus cualidades oratorias en su período de estudiante. Desde entónces, y hace de esto fecha, ni le he oído, ni lo he visto; mas, parece haber ganado con el tiempo, pues los que respecto á él no están en mi caso, me elogian el inmenso dominio que tiene sobre su palabra. No falta malicioso que piensa, en celebracion del distinguido jurisconsulto, que si anda ahora arrinconado, se debe á que habia crecido demasiado para la talla de los que le rodeaban; ni providencialista que no diga que su misteriosa caída es un castigo.

\*  
\* \*

Entre los abogados jóvenes descollaba el Sr. Suzarte, director del *Boletín Jurídico*, que hace muy poco tiempo ha muerto, por desgracia, y cuando comenzaba á florecer su simpático talento. Escribía bien, con galanura, con delicada cortesanía, con gusto: si fué un distinguido letrado, inclinábanlo sus aficiones á la poesía y la literatura que cultivó con verdadero provecho; pero hubo en él algo que vale más que todo eso, porque fué hombre bueno y honrado.

Sucedióle en la direccion de la Revista el Sr. D. Pablo Desvernine y Galdós, que llegó á la Habana luego que se hizo la paz, y cuya reputacion como abogado crece cada dia justamente; por que estudia, tiene capacidad para analizar las cuestiones y al mismo tiempo para elevarse á la generalizacion y á los júicios comprensivos y fundados. Es impetuoso, vivo, mordaz y su talento indiscutible es penetrante. Su cabeza, bella por cierto y cubierta de canas prematuras, como la de un viejo, es en cambio un hervidero de ideas; iba á decir, una botella de Champagne, porque su cerebro está en excitacion y trabajo constantes,

siempre lanzando chispas y fogonazos, pues Desvernine es un hombre de los que más propiamente se denominan *d' esprit*. Es extraordinariamente nervioso, de carácter mental y de nutrición perfectamente franceses, como es también francés su origen, aún cuando ha estudiado en los Estados Unidos y leído muchos libros en inglés, cuyo idioma habla con fluencia. Si me fuera dable idear seres extraños como lo hizo Horacio, sin incurrir demasiadamente en absurdo, me forjaría uno de ellos como medio de exponer de un modo aproximado la impresión de conjunto que me hace el espiritual abogado, y entonces no se me ocurriría acaso decir otra cosa más sino que el Ldo. Desvernine se me aparece como un organismo de nervios vivos cuya epidérmis ó cubierta fuese un folletín parisien.

Otros varios jóvenes se distinguen hoy por su expresión, sobre todo fácil, y no he de mencionarlos todos en este momento, porque sobre ser la lista algo larga, señalaría como mérito particular lo que he declarado creer que es casi una cualidad de raza, y por la misma causa, una cualidad común. La opinión general distingue, sin embargo, muy principalmente á algunos de entre ellos. De D. Evelio Rodríguez Lendian me ocuparé luego como orador académico, en cuyo sentido ha merecido elogios y conquistado lauros desde su oposición al premio extraordinario de la licenciatura en Derecho que obtuvo. Hoy es catedrático en la Universidad, muy estimado y querido, pues es simpático y esencial y verdaderamente modesto; y acaba de ingresar en el Colegio de Abogados. El Sr. D. Antonio S. de Bustamante, también desde las aulas y, posteriormente, en los debates del «Círculo de Abogados», ha merecido consideración y alabanzas por sus excelentes cualidades. Nunca lo he visto, pero me dicen que su aspecto revela distinción personal. Sus colegas piensan de él que tiene instrucción sólida en materias jurídicas y buen gusto. Alguno de ellos me ha asegurado que su facilidad de expresión es extraordinaria; aunque á la vez encuentra que termina fatigosamente los períodos, produciendo en el oyente cierta congoja y, en cuanto al fondo, que muestra demasiado prurito por aparecer original.

Reputados como estradistas muy notables son los señores D. Manuel F. Lamar, D. José Cueto, distinguido catedrático y orador, di-

dáctico, D. Ramon Perez Trujillo, D. José Luna y Parra, D. Carlos Fonts y Sterling y D. Ramon Ebra (1).

\*  
\* \*

Cinco abogados están en estos precisos momentos representando en España al partido autonomista: el reputadísimo Montoro, el señor Ortiz, jóven aprovechado, discreto y elocuente; el Sr. Figueroa, arrebatado, verboso, de escasa imaginacion, desnudo de galas, falto casi siempre de método, atrevido, generoso, de elocuencia natural aunque descuidada, capaz de arranques impetuosos y magníficos, cuya palabra indisciplinada brilla cuando arde su sangre, como el torrente que al despeñarse mugiendo, refleja en iris entrecortados los cambiantes de luz ó salta y se oscurece por la fuerza misma de los desordenados aluviones que envuelve y lleva en su corriente; el Sr. Fernandez de Castro, frio, de fantasía no muy grande, de facilidad, no siempre muy correcto, aunque reposado, sereno y levantado de ideas, y el Sr. Carbonell, catedrático de la Universidad, que conoce profundamente el Enjuiciamiento, tiene el hábito de la palabra y se expresa correctamente, pero sin fuego, ni inspiracion.

Cierro esta enumeracion, bien extensa de suyo y que aún pudiera serlo más, con el nombre de un abogado popularísimo, respetado y querido por mucha gente, y que mereció siempre la consideracion más distinguida de sus compañeros, por su ilustracion muy sólida y extensa, por sus singulares y relevantes prendas personales y por su notable talento; aunque todavía á esos títulos acumula el Sr. Gonzalez Llorente el mérito de su oratoria, que muchos abogados han tomado como modelo. Es un hombre pequeño de cuerpo, muy delgado, fibroso, de barba larga y, como el cabello, blanca y tan brillante que parece formada con menudos y retorcidos hilos de fina plata, de color

---

(1) Recientemente he leído en algun periódico calurosas celebraciones al jóven letrado D. Francisco Varona y Múrias, por causa de unos estrados. Ultimamente se le elogia, lo mismo que á D. Oscar de los Reyes, por sus discursos de 21 del corriente, ánte una reunion de republicanos.

encendido por igual en todo el rostro, de movimientos rápidos y nerviosos, inquieto, de gesticular continuo, de mirada noble y serena, duro de complexion, entusiasta y enérgico. Me han informado que habla en estrados deliciosamente, que no cansa, aunque sus discursos siempre son enormes, porque cambia oportunamente la entonacion; y que maneja con donaire y seguridad sus frecuentes y largas frases incidentales. Le oí una sola vez, en el Colegio de Abogados, y no creo que sea fácil imitarle. El sólo habla y puede hablar como lo hace, forzando á que se le oiga y produciendo algun efecto. Me pareció que se detenía demasiado de uno á otro párrafo, que apoyaba más de lo indispensable en alguna frase ó palabra, que solía ser brusco é inesperado en sus cambios de gesto y de tono, lo cual depende forzosamente de su temperamento; pero descubrí en seguida su seguridad de expresion, el sereno y lógico despliegue de su pensamiento, el calor íntimo, el entusiasmo sincero, la abundancia de ideas, la precision de términos, la correccion inflexible, cualidades todas que en su más completa armonía reúne el vigoroso anciano, y por las cuales es sin duda alguna, un orador eximio.



Estos individuos, otros de distinta ocupacion y algunos insurrectos de los capitulados en Febrero de 1878, eran las personas más importantes del elemento liberal, todavía desordenado y disperso, en la Habana, á raiz de los sucesos que produjeron allá por el mes de Junio de aquel año la pacificacion del Oriente de la Isla. Ellos eran, pues, los que naturalmente habian de formar, como al cabo formaron, la primera agrupacion política que, despues de la guerra, se organizase en el pais, al amparo de una legalidad novísima adquirida al enorme y muy desproporcionado precio de diez años de incesante batallar.

Pero la primera voz que se atrevió á dejarse oír fué la de un peninsular asimilista, el mencionado Sr. Perez de Molina, por medio del diario *El Triunfo*, que así dió la pauta á los que se agruparon á su lado.

En frente de un poder público triunfante por primera vez en este siglo de una revolución americana, y de un grupo peninsular organizado militarmente y cuya soberanía se había realizado por virtud de las circunstancias y ejercido casi sin interrupción durante una década terrible, nació el partido liberal tímido y receloso. El hecho mismo de su fundación fué, sin embargo, un triunfo de la idea de libertad local sobre las tendencias de los primeros amigos del bienestar de Cuba, que creían inconveniente por entonces la formación de los partidos políticos.

Surgiendo de los escombros del separatismo, constituido por elementos locales, algunos de procedencia revolucionaria, y como tales considerados todos por la dominante suspicacia de siempre, temió acentuar demasiado la diversidad de la colonia y la metrópoli y el espíritu particular y propio que debía consignar en la ley la diferencia innegable que pusieron entre ambas de consuno la geografía, la historia y la moral. Por eso se explica que el partido liberal cubano fuese en sus comienzos *asimilista*, y se distinguiera en sus fórmulas muy poco radicalmente del partido conservador, que vino á la arena algunos días después. Los hechos, la vida cotidiana habían de ir separándolos, y produciendo en ellos cambios reguladores; y así el partido conservador fué cada vez más señaladamente reaccionario y peninsular, é imponiendo por fuerza al liberal la necesidad ineludible de asumir poco á poco carácter avanzado y más propiamente cubano. Por eso hoy el partido que proclama las libertades locales bajo la soberanía de España, esto es, sin guerra ni separación, ha encontrado su fórmula en la *autonomía colonial*; mientras el partido adverso, si conserva siempre su programa del primer día, apesar de su interna ebullición y de su espíritu ultra-conservador, mantiene las formas externas de su composición, que evidencian su naturaleza íntima y el fin inequívoco de sus aspiraciones.

\*  
\* \*

No cabe que refiera yo inoportuna é indebidamente toda la historia de ámbos partidos, ni áun siquiera bajo el punto de vista de la

oratoria. El partido conservador, como partido de acción, que dispone de la fuerza y de la influencia, naturalmente no necesita de oradores, y por lo mismo acaso tampoco los tiene. Los únicos que en su obsequio han hablado bien en el Congreso, que yo sepa, han sido el señor D. Ramon de Armas, hijo de Cuba, y el Sr. Villanueva, quien acaba de probar, en el reciente debate de la *Enmienda*, que es tan travieso, intencionado, diestro y malicioso en sus sofismas como elegante, instruido y serio Montoro en sus excelencias artísticas; y que posee lo que llamaba Ciceron «*flumen verborum*»; aunque el señor Villanueva no corresponde propiamente—segun entiendo—al grupo de los que he llamado «los oradores de Cuba».

\*  
\* \*

Al fundarse y constituirse el Partido Liberal desplegó grande actividad. En los primeros dias hubo dos Juntas en los altos del *restaurant El Louvre*. En ellas usaron de la palabra los señores Galbis, Saladrigas, Bernal, Galvez y García (D. Márcos). La primera reunion fué casi inútil: la tentativa de fundacion de otro partido, trató allí de estorbar y desordenar de modo inexplicable. *El Triunfo* de 6 de Agosto de aquel año (número 31) refiere aquellos hechos inauditos en un artículo tan exagerada y graciosamente cortés, como amargo. Mas la Junta del 9 fué completamente serena, y en ella quedó definitivamente fundado el partido, con la aprobacion de su programa y de las bases de su organizacion.

Ahora empieza la palabra á ejercer su noble ministerio. Los oradores del nuevo partido comenzaron la labor de exponer su doctrina de pueblo en pueblo, y así Gassie, Montoro, Bernal, Saladrigas, Govin, Cortina, el Dr. Francisco Zayas, y otros más, como delegados de la Junta Central, fueron á todos aquellos lugares donde debia quedar establecido un Comité local, y con este motivo, pronunciaron discursos muy notables, que están sepultados hoy en las colecciones de *El Triunfo*.

\*  
\* \*

El mismo día que se constituía en *El Louvre* el partido liberal, circulaba el programa de una agrupación que había adoptado el nombre de «*Partido Liberal Nacional de la Provincia de Cuba*», y que veinte y cuatro horas después convocaba al público á una gran reunión en el *Teatro de la Paz*, ó de *Payret*. Al frente de la nueva secta estaban principalmente los señores de la Cerra, Leal y Figueroa. Aquella Junta fué muy desordenada. La calificación de *Nacional* puesta después de la palabra *Liberal* para caracterizar á un partido de la localidad que pretendía fundarse al siguiente día de otro que había logrado constituirse ya bajo la denominación de *Partido Liberal* á secas, ponía en grave situación á los cubanos que componían la mayoría de este grupo, los cuales pudieron entender y entendieron que la agrupación nueva que así comenzaba á hostilizarlos, era seguramente un enemigo. Alarmados los *liberales* de la víspera, ante semejante emergencia, se prepararon á la defensa: la protesta se dejó oír seguidamente en boca del Sr. Robert primero, y poco después, en la del Sr. Pino. *El Triunfo* del 11 de Agosto (número 36), en un artículo titulado «*Debut del «soi-disant» partido liberal nacional*», ha descrito con sarcasmo, con crueldad refinada lo que allí pasó, y reconoce y declara que aquella noche «alcanzó... un verdadero triunfo oratorio» el Sr. D. José Antonio Cortina. Con efecto, el Sr. Cortina pronunció repentinamente un corto discurso, completo, correcto, oportuno, muy resuelto y atrevido. Se comprende leyéndole que debió haberlo dicho como aseguran los oyentes que lo fué en realidad, con voz aguda y estridente del clarín que llama la hueste dispersa á la pelea é infunde miedo en el contrario descuidado. El resultado fué realmente admirable. El partido *nacional* que comenzaba á alentar con pobre espíritu, como un niño que nace moribundo, se deshizo después de algún ruido y en medio del desorden. Causas profundas coadyuvaron á aquel fracaso y prepararon favorablemente la acción eficaz del tribuno; pero no fué por eso menos noble su actitud, ni menos brillante su palabra. Hasta ahora ha sido ese discurso el más decisivo que se haya pronunciado en la Habana. Él sólo, pues, justificaría el nombre popular desde aquella hora revuelta que obtuvo de improviso el Sr. Cortina como orador de organización, por más que no



hubiera sabido levantarlo despues á la altura que pudo y no llegó nunca á alcanzar

La conducta de los liberales, cuyo magnífico exponente fué el discurso vencedor de Cortina, deshizo por completo y en un instante al partido *nacional*: muy pocos dias despues del ruidoso aborto, celebráronse várias juntas (15, 16, 17 y 20 de Agosto), cuyo resultado fué la fusion de los elementos dispersos tras la derrota de *Payret*, con los que mejor organizados pudieron constituir el *Partido Liberal*.

\*  
\* \*

Fortuna grande fué para éste, fortalecerse y aumentar su hueste, en vez de disminuirlas y debilitarse; porque por los mismos dias en que se realizaba *la fusion*, reuniéronse «veinte y cuatro caballeros y seis títulos de Castilla» (1) y formaron el partido *conservador*, con el nombre de *Union Constitucional*. Aquella formacion no fué más que la apariencia legal y respetable que asumía un poderoso grupo heterogéneo, cuya única é invisible unidad constituianla los intereses materiales, en la masa, y en su grupo director, la resolucion de conservar el disimulado, pero absoluto predominio en la Isla. Sentíanse amenazados en su influjo ilegítimo y en su porvenir material, y no quisieron, en aquel período constituyente, abandonar la organizacion futura del país á las soluciones liberales del elemento cubano, más generosamente interesado en el bien, la felicidad y el esplendor de su propia tierra. El programa de la *Union Constitucional* fué un manto honesto de legalidad con que se pretendió cubrir la brutalidad de la fuerza. El partido conservador, en la hora solemne en que iba á decidirse del porvenir de la isla de Cuba, arrojó en la balanza de sus destinos futuros, la espada triunfadora de Breno.

Acaso la culpa toda no fuera de los recién aparecidos liberales, y aquí, necesito hacer una digresion. El generoso espíritu de la revolucion cubana, no podia, ni siquiera agonizando, encerrarse en el es-

(1) Palabras del periodista Sr. Muzquiz.

trecho y mezquino molde del *Convenio del Zanjón*. Estoy en mi derecho declarando que el convenio que estableció en Cuba la paz, debía, conforme á los antecedentes, al carácter y á las ideas de los insurrectos, abrir para la Isla una era nueva de orden profundo, de libertad real y de instituciones informadas en la democracia americana; pero que ha sido falsificado por los gobiernos de la Metrópoli. Torpes, ignorantes y precipitados estuvieron, al establecer las bases definitivas de la paz, los honrados insurrectos que constituyeron el *Comité* para la capitulación; pero más torpe, más precipitado estuvo el mañoso general en jefe español, que bajo la presión del Gabinete de Madrid, y mirando demasiado á su prestigio, ántes debido á su buena estrella que á sus dotes intelectuales, desaprovechó la ocasión propicia de realizar una obra grande y de conquistar para su esclarecido nombre de soldado el lauro de excelente político; porque en lugar de afanarse por festinar rendiciones parciales que anunciar prestamente á su Gobierno, pudo y debió congregarse una sola vez á los principales insurgentes de toda la Isla y con ellos ajustar serena y noblemente los fundamentos inmovibles de mejor y más legítima gloria para él y de ventura y armonía sincera para Cuba y España. Esa historia no ha sido escrita; pero en su día se verá cuán risible es oír decir que el famoso Cánovas es un grande hombre de Estado, y que D. Arsenio Martínez de Campos fué *el pacificador de Cuba*. Muy por el contrario: consintió en que cayese sobre la insurrección la mancha irritante que quiso arrojarle la calumnia; la colocó en el trance de que pudiera decir de ella frases injustas y mezquinas con apariencias de verdad, un ministro de la nación española; abrió la puerta á las pasiones, al descontento, á los ódios, no ya entre peninsulares é insulares, sino entre los mismos cubanos. El convenio que debía ser el fundamento de la paz y del orden, ha sido, al contrario, piedra de escándalo y semillero de rencores. Torcido, recortado, interpretado á la letra desde el primer día, en vez de ser un código fundamental, ha podido estimarse como una infamia incomprensible ó como inexcusable debilidad. Cual si la paz y su ajuste hubieran sido obra tenebrosa entre sobornadores y bandidos, entre la malicia hipócrita y el miedo vergonzoso, el Ministro de Ultramar negó en el Congreso que hubiera habido «*convenio ni pacto*

*alguno*» (1), y aún me parece recordar que el mismo general Martínez Campos, defendiéndose de la oposición en la cámara popular, llegó á decir, de conformidad con las anteriores declaraciones ministeriales, que él no puso su firma al pié de ninguna clase de documento en aquellas negociaciones (2).

\*  
\* \*

El mismo señor Perez de Molina, ántes de constituirse el Partido Liberal, sostuvo en su periódico la interpretacion más estrecha é injusta de la base 1ª de la capitulacion del Zanjón, haciendo aparecer tímidamente asimilista el espíritu que animaba á los insurrectos que la acordaron. Pero no fué así ciertamente. Las proposiciones de paz presentadas por el general Campos á los insurgentes, fueron modificadas por éstos á causa de su desconocimiento del estado político de España, despues de la Revolucion de Setiembre, en sentido *asimilista*; pero en el convenio definitivo predominó el sentido de la *especialidad* y el *localismo*. La desconfianza era grande, y así, pretendieron (artículo 6º) que el general Campos asumiera «el mando político y civil de la isla de Cuba, hasta un año por lo ménos, despues de normalizada la situacion con el planteamiento de las reformas que son consecuencia de este convenio». Este artículo fué suprimido; aunque el general Martínez Campos ofreció satisfacer las justas pretensiones de los insurgentes, lo que por otra parte, nó cumplió. El convenio, ya que así se le ha llamado siempre, no era posible que satisficiera á la generalidad, por la falta de precision de sus artículos más importantes, y por el pecado original irremisible de no haberse extendido acta solemne. Seguidamente surgió el descontento, muchos se arrepintieron, llamáronle otros deshonroso, y prefirieron continuar peleando. Maceo, desde Cuba, queria al ménos la emancipacion absoluta de los esclavos y nó la limitada de la base 3ª que habia convenido el Camagüey. Jesús

---

(1) En la sesion de Córtes de 22 de Noviembre de 1878.

(2) Si esto ocurrió realmente, se olvidó el general de que hay una carta, toda de su puño y letra, conviniendo en las bases acordadas por él y los insurrectos.

Rabit, teniente coronel de un batallón insurrecto, le escribía al mismo jefe, desde *Dos Ríos* (Jiguaní), cuatro días antes de efectuarse la deposición de armas en Puerto Príncipe, que no aceptaría la rendición sino á condición de que se reconociesen «grandes ventajas para el ejército, y demás de la Isla, entre éstas, que cese la esclavitud de los negros.» Vicente García, de vuelta á las Tunas, y cuando aún no había empezado la sumisión de las fuerzas, pero ya acordada la fecha en que debía verificarse, le escribía también á Maceo que resistiera, porque le decían «de todas partes» que los españoles concederían «todo, ménos la independencia», y que en el «caso de que se esté por la autonomía, que es lo ménos deshonroso para los cubanos», debían «acordarlo así y pedir que lo que se pacte sea garantizado por los Estados Unidos ó Inglaterra, por medio del oportuno delegado». Se dijo, y con insistencia tal que ha podido repetirse por un publicista eminente y en ese particular mal informado (1), que la paz se debió al oro de los españoles. Ciertamente que, sin que las erogaciones del Gobierno alcanzasen las fabulosas cifras que pretendió el general Salamanca, hubo gente que, *ya convenida la paz*, manchó sus manos aceptando dádivas que debieron siempre rechazar con indignación; pero los que hicieron la paz en el Camagüey, así como otros de las Villas y la mayor parte de los que en Oriente tuvieron que doblarse bajo adverso destino, jamás pudieron abrigar el propósito de vender á Cristo por un puñado de monedas. Engaños, mañosas arterías y reprobados manejos, sí los hubo, y eso mismo, adulterando la naturaleza que siempre debió conservar el fundamento de un cambio tan trascendental, hizo aparecer indefinido y equívoco el convenio, y facilitó su ulterior y más falsa interpretación, en la idea, oculta al principio y luego manifiesta, de matar su espíritu, conservando la letra. Acaso con tan aviesas intenciones, y con el objeto de someter al indómito Oriente, soberbia Cantabria cubana, hízose circular la especie de que se había acordado un *tratado* de paz, más amplio y más armonizable con el sentido liberal y con el *localismo* profundo de la revolución.

---

(1) Paul Leroy-Beaulieu, *De la Colonisation chez les Peuples Modernes*, 2ª Edición, 1882 p. 265.

Aquellas bases nuevas y mejores que las aceptadas por el Camagüey el 8 de Febrero, circularon por el territorio de Holguin, fechadas el 16 del mismo mes. Eran trece, casi todas sustancialmente iguales á las del Zanjón; pero la más importante es la 1ª que còpio íntegra, porque, cuando ménos, explica sin lugar á dudas, que entre los insurrectos se creia firmemente que Puerto Rico gozaba de gobierno propio. Dice así: «España reconoce y concede á la isla de Cuba *la misma autonomía de que goza la isla de Puerto Rico*: es decir, Cuba quedará gozando de libertades y derechos políticos y de todos aquellos derechos inalienables é imprescriptibles de que gozan todos los pueblos libres, *con intervencion en el nombramiento* de su gobierno, á saber: »de representantes á la Cámara y al Senado nacional, así como á las »Diputaciones provinciales y á los Ayuntamientos, todo lo cual será »nombrado directamente por el pueblo.»

Por todos los anteriores datos, y muchos más que fácilmente podria aducir, se cae de su peso que los insurgentes al aceptar para el país como tipo de su ulterior organizacion, la misma de la pequeña antilla, entendieron que Puerto Rico se hallaba á la sazón constituido segun el espíritu de la Revolucion de Setiembre, contrariamente á lo que pretendia sin fundamento el Sr. Perez de Molina. El error en que acaso se les mantuvo deslealmente, consistió en que Puerto Rico acababa de reconstituirse segun el espíritu más restrictivo y asimilista de la Restauracion.

Pero es innegable, y se comprende á primera vista, que la autonomía era una derivacion inmediata y muy legítima de la revolucion de Cuba. La independendencia era la fórmula sencilla de la desesperacion, y la revolucion, al pretender separar á Cuba de España creia encontrar el indispensable remedio á los males inveterados del país. Mas cuando se creyó luego, aunque nunca sin recelos, que España podria modificarse y armonizar su espíritu, al influjo de dolorosa y sangrienta experiencia, con principios más liberales, y que, al mismo tiempo, la guerra sería aún muy larga y siempre dudoso su resultado, los insurrectos juzgaron beneficioso para su país deponer las armas, en el supuesto de que sólo cedían de su programa, al reconocer la Soberanía de España, el principio cardinal de la contienda—la independendencia;

más nunca el principio fundamental de su doctrina política—el gobierno propio y liberal, es decir, la autonomía de la isla de Cuba.

\*  
\* \* \*

Pronto el elemento viril de la población, comprendió el engaño, se sintió herido, burlado y humillado, y de nuevo, como para evidenciar la festinación, el poco generoso espíritu y la imprevisión que precedieron al convenio, empezó á bullir en el país, aguijoneado por el despecho y por la vergüenza, el sentimiento de la rebelión.

Ni comprendió el Partido Liberal el fondo de fecunda y gloriosa libertad que á pesar de todo había en el pacto del Zanjón, ni supo tampoco apreciar la verdadera fuerza de sus contrarios. Se la imaginó más grande de lo que era en realidad, y por eso, ante la vana acusación de separatista, creyó deber exagerar; el día de nuevo conflicto, y exageró innecesariamente, su carácter pacífico, pretendiendo de paso ceñirse un ramo del laurel que el fracaso de Mayarí y luego el término oscuro de la insurrección del 69, puso en la frente del general D. Ramon Blanco.

Empezó su existencia por la asimilación, dándose así la mano con el partido contrario, y negando la realidad, que lo hacía hijo afortunado y heredero de la gloria de la revolución; por lo que tuvo que saltar violentamente, para trazar su genealogía, por encima de diez años de historia, figurándose encontrar sus padres en los reformistas antiguos, quienes en realidad eran sus abuelos.

Muy poco después, las circunstancias, la fuerza de las cosas y ese espíritu inmortal que anima las sociedades modernas, fué infiltrándose sigilosamente por los poros de ésta, acobardada y abatida, para determinar una nueva y más feliz evolución de los liberales, y entonces vino á la vida el Partido Autonomista. Su generación fué tímida y difícil; porque siempre los errores producen embarazos y aflicciones.

Mas, colocándome en su mismo punto de vista, debo manifestar que, desde el primer día de su existencia, el Partido Liberal reunió en una hueste los buenos elementos que existían hasta allí dispersos, desligados é infecundos. Para obtener este resultado, de suyo impor-

tantísimo, desplegó actividad grande y derramó á manos llenas el caudal riquísimo de sus tesoros intelectuales. Fué de este modo, frente á las agrupaciones políticas que sucesivamente surgieron para desaparecer en breve, el partido más genuinamente cubano y, al mismo tiempo, el más sábio y el más distinguido.

\*  
\* \* \*

Preparada y promulgada que fué una ley electoral para que concurriesen á las Córtes los representantes de la isla de Cuba, verificáronse varias veces elecciones de diputados y senadores, logrando el Partido Liberal en las distintas ocasiones enviar á Madrid, ó investirlos allí con su procuracion, á hombres notables,—muchos de ellos de verdadera elocuencia,—como Güell, Labra, Betancourt, Portuondo, Jorrin, Bernal....

Principalmente para preparar los ánimos á la lucha electoral, recorrían en Cuba los distintos distritos, delegados de la Junta Central del partido, y en ese ejercicio acrecentaron su nombradía los más visibles oradores que desde el primer día habían puesto al servicio de su causa la fuerza de su palabra.

Salvo esas ocurrencias electorales, y la Junta Magna de 1882, los liberales cubanos sólo han hablado con periodicidad el día en que cumple año la fundacion de su partido, esto es, el 9 de Agosto, haciéndolo siempre en el salon que para ese objeto les ha facilitado la Sociedad de instruccion y recreo *La Caridad*, en el Cerro.

El Sr. D. José Güell y Renté, Senador por la Universidad, que con general sentimiento de los cubanos y de los extranjeros que le conocían, murió casi repentinamente léjos de su patria, era un hombre ensimismado, de gran reserva, muy discreto, de habilísimo corte en su discurso, cortesano sagaz é intencionado, en la forma más culta, tenaz defensor de los derechos de su país, entusiasta ardoroso por la causa del progreso y esplendor de la instruccion superior. Hablaba despacio, agradablemente, y con cierta extraña llaneza, muy propia para conquistarle los ánimos.

José Ramon Betancourt es un antiguo abogado de gran reputación, queridísimo de sus paisanos por sus prendas de carácter. Como escritor es también muy conocido; es literato de nota y orador galano y muy discreto. Fué su palabra una de las primeras que resonaron en el Congreso de Madrid, en obsequio de los cubanos, cuando predominaba en España el espíritu de la más intratable intransigencia. Todo el mundo recuerda aquí con gozo y cariño uno de sus discursos, que le empeñó en ardiente debate con el Sr. Romero Robledo y levantó en el Congreso una tempestad.

Era, por aquellos aciagos días, su compañero en la Cámara popular, brillando ámbos, en los asuntos antillanos, cual dos misteriosos solitarios que parecían ser los únicos que poseyeran entónces la clave de los destinos de las islas de Cuba y Puerto Rico, el ilustre jurisconsulto, D. Rafael María de Labra. Economista de reputación, publicista fecundo, orador insigne, el Sr. Labra ya está juzgado por los españoles, quienes reconocen su indiscutida autoridad en materias coloniales y, á la par del resto del mundo, lo proclaman uno de los grandes maestros de la palabra en las lides parlamentarias de nuestro tiempo. No logré oírle en las Córtes; pero sí defendiendo á un periódico republicano. Su palabra era precisa, la entonación propiamente variada, la forma correcta, los argumentos solidísimos, y muy grande la energía. El último discurso que ha pronunciado en el Congreso (sesión del 21 de Junio) es realmente admirable; habilísimo, muy certero, rebozando de experiencia parlamentaria, valiente, enérgico, como quien siente lo indisputable de su derecho y de su fuerza, muy profundo y elocuente. Agréguese á todas esas cualidades la consideración de que es un *carácter* y un cumplido caballero, y se comprenderá la importancia de su eximia personalidad. Para mí tiene título más alto que todos esos al respeto y al afecto del mundo culto, porque es uno de los fundadores de la *Sociedad Abolicionista Española* y un incansable, un generosísimo, un defensor sincero del esclavo negro, más desventurado que el *candala* indo, porque nunca estuvo conforme con su mísero destino. El nombre del Sr. Labra estará siempre, por lo tanto, entre los que la humanidad bendice como á sus benefactores.



En Diciembre de 1881 la Junta Directiva del Partido Liberal obsequió con un banquete al Sr. D. Bernardo Portuondo, que acababa de sostener una campaña parlamentaria, en union con sus otros compañeros. Pronunciaron con tal ocasion brillantes discursos los señores Saladrigas y Galvez. Portuondo habló á su turno, despues de Saladrigas. Acreditó su merecida reputacion de orador, de que venía precedido. Dice como quien habla en la vida comun, sin calzarse el coturno, sin toser ántes, ni ahuecar la voz, como hacen tantos; ya esto pone de manifiesto su talento oratorio, y lo comprueba luego en todo lo que sigue hablando. Es muy fácil, muy suelto y correcto: á ocasiones es preciso, exacto, como cuando se trata de números, en que está en su elemento; porque es excelente matemático: otras veces es más fluido y abundante, y áun se entrega en brazos de la fantasía. Es casi seguro que serán siempre los más irrefutables, los discursos que él pronuncie en las Córtes, en materias económicas; porque serán como en esas cosas quiere Cánovas que sean, ricos de datos y luminosos por el cálculo.

El Sr. Jorin ha sido Senador por la Universidad, como senador fué tambien el Sr. D. Felipe Lima y Renté. El Sr. Lima habia sido en la Habana catedrático largos años, de Derecho Canónico; aunque instruido y de palabra corriente, carecia de otras condiciones que determinan al verdadero orador

Su compañero el Sr. Jorin tiene hasta el aspecto de un hombre de la alta Cámara, ó de un diplomático. Todas sus condiciones superiores hacen de él un hombre propio para la difícil procuracion de un pueblo en el Senado de Madrid. Su talento, su discrecion, su dominio perfecto de sí mismo, su palabra pulcra y correcta como su severo traje, su aspecto que reclama seguidamente el respeto, su voz vibrante, y grave como para resonar pausada y dominadora ante numeroso concurso de gente que oye la razon sin moverse por el sentimiento, que ya dejó muy atrás entre confusas y tal vez risueñas memorias, todo eso hubiera hecho á Iago decirle, aunque en tono de alabanza, la misma frase que á Brabancio:

«Y vos sois . . . un senador!»

Porque la verdad es que el Sr. Jorin ha sido un cumplido senador por la isla de Cuba. No sé qué hubiera podido hacer, ni como hubiera hablado el Sr. Jorin, si la famosa noche de Payret hubiese tenido que reemplazar á Cortina; aunque sé, en cambio, todo lo que Cortina no hubiera podido hacer si hubiese sido dable que reemplazara al señor Jorin en la Cámara alta. Bien estaba el fogoso y jóven tribuno en aquella hora revuelta, exhalando su generoso entusiasmo en notas agudas, con el sonido penetrante de la corneta guerrera; como bien estaba en su puesto el Sr. Jorin, donde habia menester de habilidad consumada, de sobriedad, de calor templado, de nitidez; de fuerza de argumentacion, de abundancia de datos, que por estas principales cualidades se recomiendan los numerosos discursos que pronunció en el Senado, y que lo caracterizan como verdadero y elocuente orador, propiamente parlamentario

\*  
\* \*

Cerca de cuatro años de movimiento interno y progresivo, y de continua lucha para afirmarse, para existir, lográndo al cabo ver reconocida solemnemente su existencia legal, merced á su constancia en la predicacion y á la vigorosa elocuencia de sus oradores, llevaba ya el Partido Liberal, cuando la deportacion de un periodista peninsular, el Sr. D. Francisco Cepeda, por el Capitan General, hízole comprender que era "difícil y embarazosa la vida política," predominando en el país la despótica arbitrariedad, por cuya causa resultaba ineficaz garantia para el porvenir la recortada constitucion que al promulgarse habia sido acompañada de un Real Decreto que mantenía en toda su fuerza el poder discrecional ejercido por los gobernadores generales en la antigua colonia.

Convocó entónces la Directiva una Junta Magna que habia de componerse de vocales de la Central, delegados de las provinciales y de las de los barrios de la Habana, la que se celebró en "*La Caridad*," del Cerro, la noche del primero de Abril de 1882,—y en que se tomaron acuerdos de la mayor importancia. En aquella ocasion solemne, pronunciaron notabilísimos discursos los Sres. D. José María Galvez,

Presidente del Partido, el vice-presidente Sr. D. Carlos Saladrigas, el secretario Sr. D. Antonio Govin y Torres y el Sr. D. Rafael Montoro.

Todos estos señores han hablado también, con rara excepción, en los aniversarios de la fundación del partido, como, por tal motivo, lo han hecho el Sr. Conte distinguido economista peninsular, el Sr. Bernal, Cortina, el Sr. D. Enrique José de Varona, y quizás algunas más que no recuerdo ahora.

A punto estuvo Cortina de indisponerse con su partido por haber hablado en una de aquellas festividades con calurosos elogios de la que llamó "la inmortal revolución de Yara," en uno de los discursos más inocentes, después de todo, que se han pronunciado por cubanos.

Sólo en un aniversario habló el Sr. Varona explicando, á lo que me parece recordar, el gran espíritu colonizador de Inglaterra y las consecuencias fecundas de paz y duradera armonía entre las posesiones distantes y su metrópoli que forzosamente se derivan del régimen autonómico aplicado con resolución y sin mezquinas adulteraciones. Galana, correcta, elegante, inspirada, esa oración del señor Varona fué acaso la más literaria por el estilo que se oyera en aquellas reuniones políticas.

El Sr. Galvez es un orador muy notable, y acaso no lo es más por defectos de entonación: habla con mucha fluencia y perfecta corrección; pero dice todos sus discursos con acento de jaculatoria, defecto de que á veces, y solo algún trecho, suele padecer el mismo Montoro, quien en esos momentos deja escapar su voz como un gemido. Tal vez depende esa imperfección insignificante, de la índole del pueblo cubano, producto complejo de sus circunstancias especiales, y me inclino á pensarlo, por que aquí no abundan los escritores alegres: hay siempre algo amargo, melancólico, en los que más aparentan reír. Luis Victoriano Betancourt, por ejemplo, arranca de sus escritos carcajadas; pero él personalmente era serio, casi sombrío, y su risa es más dolorosa que franca. El mismo Sr. Galvez es un escritor festivo de mucha fuerza, y sin embargo no parece bromear cuando se rié, no muestra ese desinterés ó indiferencia con que Rabelais miraba, tranquilo y burlon, casi todas las cosas. El que parece aquí más risueño, hablando ó escribiendo, es en el fondo duro y á sus horas sangriento. Los poetas son tristes,

los cantos de nuestros campesinos, sus aires, su acento, el tiple, exhalan profunda melancolía.

Pero el Sr. Galvez, como orador, á más de las cualidades referidas, es muy conciso, muy oportuno, inflexible en su plan, incapaz de decir lo que no quiere, ni debe: domina por lo tanto, absolutamente su palabra, es hábil, sentido, severo de forma. En la Junta Magna, enumerando las conquistas alcanzadas por su partido, siempre con la mira de oponerse á su disolucion, que tal era el pensamiento dominante de su discurso, añadía:

«No me digais que todas esas reformas son incompletas: que las leyes municipales y provinciales embarazan y coartan la accion de los ayuntamientos y diputaciones: que la ley electoral falsea el sufragio y la de imprenta es intolerable: que la conciencia no es enteramente libre: que el lugar del esclavo lo ocupa el patrocinado. ¡No me digais eso, porque entónces, yo á mi vez os diria, que permanecerán así incompletas, como tanto os desagradan, esas reformas, y subsistirán el patronato, el cepo y el grillete, ó desaparecerán aquellas y volverá á crugir el látigo infamante sobre la piel del hombre esclavo, si vosotros abandonais el campo, si os disolveis!»

Este párrafo es todo el discurso: lo que le antecede solo se dijo para prepararlo: lo que le sigue, para confirmarlo. Diria que él solo debió resolver la cuestion y decidir los ánimos, y añadiría que es una obra maestra de habilidad, de concentracion, de antítesis, de movimiento interno de las ideas, y de energía tambien, si no fuera por el casi invisible lunar, que eso solo viene á ser el epíteto de infamante, que sobra; pero al cabo esa magnífica cláusula resulta precisa y muy elocuente. Quien así sabe expresarse, y así siempre se expresa el señor Galvez, es indiscutiblemente un orador de verdadero talento.

El Vice-Presidente del Partido Liberal, Sr. Saladrigas, sostuvo en la Junta Magna, una tésis que demuestra que es ingenioso, la de que su agrupacion política tiene la necesidad ineludible de perecer por la libertad, y de perecer contra la guerra: “proclamó á nombre de la libertad . . . guerra á la guerra” . . . . “Si habia llegado la hora de que la reaccion se impusiese, el Partido Liberal acometeria mortal combate con ella, y si habia de sucumbir sucumbiria noblemente en abierta

lucha por la justicia.”—Acabó (como lo hace siempre) brillantemente, por que sabe buscar el efecto. Es intencionado, torrencial, abundante, y por eso mismo algo declamatorio. Tiene correccion, seguridad completas. Sus discursos, sin embargo, no hacen gran impresion, lo que depende de circunstancias internas y exteriores. Son en sí mismos pálidos, les falta emocion, tienen cierto lirismo sin poesía, y el Sr. Saladrigas ademas los pronuncia con voz apagada, es decir sin timbre, sin tonalidad; habla como quien lee un libro bien escrito, pero con la misma entonacion; por lo que resulta fatigoso; pero muestra siempre elevacion de ideas, forma culta, términos propios y nobles; no hay en España muchos oradores que lo superen en la fluencia, en el conjunto grandilocuente, ni en la rapidez de frase, que en él es realmente extraordinaria.

El Sr. Govin, secretario del Partido, habló tambien en aquella solemnidad, y su discurso, como todos los suyos, fué demasiado extenso, lo que se debe á un modo de ser amoldado por su profesion y estudios predilectos. El Sr. Govin es un abogado eminente, que ha recogido lauros merecidos como estradista. Su partido le debe un gran servicio y á la vez le proporcionó en él uno de sus mejores triunfos oratorios, la magnífica defensa del artículo *Nuestra doctrina* que habia publicado el órgano oficial de la Junta directiva del partido liberal, ántè el Tribunal de Imprenta, el 30 de Mayo de 1881, de donde data la existencia legal de la Autonomia. El Sr. Govin es, sobre todo, jurisconsulto, y por lo mismo ha adquirido el hábito de la exégesis y el comentario, de lo que depende el hecho de que todo lo analice y explique cuando habla. Domina perfectamente sus ideas, y puede razonar en voz alta, ántè un concurso. A fuerza de hablar en público ha adquirido la facilidad de improvisar bien y de organizar pronto un discurso. Se dice que es sarcástico, y á mí me ha parecido que mas bien es desdenoso. Práctico, sesudo, sin romanticismo, seco de forma, como una glosa de Matienzo, sólido de cuerpo como de espíritu, de rostro abultado, subido color, barba y cabellos rubios, ojos azules y tranquilos, pausado andar, su aspecto, en fin, haria que se le tomase por un hijo del norte; aunque su fria y eterna sonrisa descubre al malicioso meridional. Así tambien aparece en la tribuna: el sajón que todo lo desme-

nuza despacio é impasible, y de vez en cuando el latino que se rie con el más amargo desden.

\*  
\* \* \*

Si Govin, por sus profundos conocimientos en materia colonial, por su aplicacion tenaz á los estudios jurídicos, es el Atlas del Partido Liberal, Montoro es su irresistible sirena, por la mágia de su seductora elocuencia.

Montoro ha recibido las mejores influencias oratorias de España; ha podido observar y estudiar de cerca los modelos que ella le ofrecia, y adiestrar y templar su palabra en la animada liza de *El Ateneo de Madrid*, donde, como si en el dintel de su entrada se olvidase la política, concurrían los maestros del arte, desde Cánovas hasta Castelar, y participaban en las reñidas é incruentas luchas de las ideas.

En aquella *Holanda de España*, como él la ha llamado, formóse el Sr. Montoro: en 1876 aparece yá contribuyendo al curso académico, á la par de otros dos cubanos muy distinguidos, y al lado de algunos eminentes varones. Asi, al tiempo que *Amador de los Rios* explicaba la "Cultura literaria y artística de España durante la dominacion goda;" y se contraían *Peñuelas* á la "Hidrologia Vegetal," *Vilanova* á la "Geología Agrícola," *Revilla* á "La literatura contemporánea de España;" y daba *Cañete* sus "Conferencias sobre algunos poetas hispano-americanos del presente siglo;" y *Camús* estudiaba los "Humanistas españoles del Renacimiento;" y *Moreno Nieto* las "Escuelas filosóficas contemporáneas;" escogia el distinguido jurisconsulto habanero, Dr. D. *Francisco Lastres*, para tema de sus lecciones, las "Colonias Penitenciarias," otro cubano, conocido ventajosamente en el mundo de las letras, D. *José del Perojo*, enseñaba los "Caractéres distintivos de la filosofia contemporánea;" y *Rafael Montoro* hablaba sobre "La Revolucion francesa y sus historiadores." (1).

(1) El Ateneo de Madrid, por R. M. de Labra, p. 173.

Sus defectos, que son pocos, pasajeros é insignificantes, los adquirió de sus propios modelos, y consisten en terminar generalmente los párrafos, al revés de lo que debe ser, bajando la voz, hasta impedir á veces que se oigan las últimas palabras, "*ne extreme syllabæ intercadant*;" en agitar á menudo y demasíadamente los brazos, y en dar palmadas muy fuertes en la tribuna. Esto último se lo he visto hacer al mismo Castelar, y me parece inconveniente, porque se apaga la voz con un ruido repentino y mayor, y distrae la atención del oyente.

Pero en cambio, todo contribuye en él á realzar sus singulares condiciones oratorias. Lee mucho y tiene instrucción extensa y variada, que almacena ordenadamente su extraordinaria memoria. Su rapidez de comprensión y de asimilación son estupendas, y maravillosa su facilidad. Acaso sea la cualidad dominante de su inteligencia la fuerza de síntesis, la facultad de generalizar casi de repente: con dos ideas generales hace en seguida un hermoso discurso; mas esto mismo determina lo que le falta: el espíritu de análisis, el rigor lógico, á veces la solidez, y siempre, el carácter realmente inductivo; por eso es metafísico y de la escuela deductiva más audaz, del hegelianismo, de que se confiesa discípulo casi fanático. En mi humilde sentir, eso es muy infecundo, aunque muy cómodo también, porque facilita una pauta para todas las emergencias, una solución para todos los problemas.

Es Montoro un orador de naturaleza: hasta lo que escribe sobre cualquier cosa tiene el estilo oratorio: sus prólogos, sus estudios filosóficos, sus críticas literarias, sus artículos de periódico. No es por lo mismo un escritor, exactamente como ocurre en Castelar: de igual modo que este, es por la constitución mental y moral un orador, un artista de la palabra, un hombre privilegiado que habla como los pájaros cantan, sin esfuerzo, espontáneamente, como si obedeciese á un mandato divino.

Desde luego se diferencia de algunos grandes oradores españoles, Castelar y Cánovas, por ejemplo, en las cualidades, la edad y la estatura. Nadie es tan frondoso de palabra, si se me permite la expresión, como Castelar, nadie como él tampoco tiene el secreto de las armonías inefables en la expresión articulada, y puede afirmarse que primero se desvía de su órbita un planeta que equivocarse Castelar cuando habla.

Cánovas es cosa diversa; es la antítesis de Castelar: acaso sea el primer orador de España, al ménos en concepto de unos; mientras para otros lo es Márton; aunque nadie niega que su palabra es poderosa, rica, flexible en alto grado, y suprema su maestría; sin embargo á mí me pareció por sus gritos, sus gestos, su demora de uno á otro párrafo, los frecuentes paseos que dá á derecha é izquierda en corto trayecto, como el romano Curion, los palmetazos continuos y su entonación áspera y desabrida, un orador *yankee* en día de *plataforma*.

Esos, y algunos más, están en la cima; pero Montoro, cuyo laurel comienza á engalanarse con hojas inmortales, sube por la cuesta, alegre y sin tropiezos, y ellos, complacidos, le tienden la mano para que se les acerque mas pronto.

Nombróle diputado el distrito del Camagüey en las últimas elecciones; se embarcó para España el 25 de Abril y, con motivo del discurso de la Corona sostuvo una enmienda al proyecto de contestación, en la cual se elevó á grande altura, conquistando inmediatamente la general consideración de orador eminente.

Hasta ahora los que lo habíamos oído en la isla de Cuba no podíamos creer que fuera capaz de manifestarse el ilustre tribuno—florido, musical y demasiado lujoso de forma,—con los caracteres verdaderos, propios, de la elocuencia parlamentaria: el discurso de 21 del mes de Junio próximo pasado, ha sido, bajo aquel aspecto, una revelación brillante de sus multiformes facultades y de la admirable plasticidad de su talento. En aquel congreso de “asiáticos oradores”, como en oscura frase ha querido recientemente el señor Alarcon (1) significar la fiera y hueca verbosidad de un Romero Robledo, ó de otros que arrojan sobre el concurso aludes de vocablos (2), el discurso del señor Montoro ha sido una obra sobresaliente, entre otros títulos, por su sobriedad parlamentaria.

---

(1) Correspondencia del Diario de la Marina de 16 de Julio de este año.

(2) V. el libro de Ed. Amicis sobre España.



## IV

Montoro, además de ser un orador político, un orador de Parlamento, es también, y á eso debió sus primeros triunfos, un orador académico de primer orden; aunque en este género sus discursos (al ménos la mayor parte de los que ha pronunciado en esta isla) me han parecido siempre muy ligeros, si bien encantadores, como todos los suyos, por la gracia y riqueza del estilo y la opulencia del lenguaje. Le he oído pronunciar cuatro, impropriamente, tratando de él y otros oradores académicos, llamadas *conferencias*. Y digo así, porque entre nosotros, absorbe tan por completo y domina la política nuestra vida, que ninguna oración literaria ó científica deja de ser mixta, por envolver tendencias, alusiones ó reticencias de carácter muy ageno á la índole del género. En este sentido, puedo asegurar que en Cuba, despues de 1879, he oído muy pocas *conferencias*, en cuyo número (y advierto que escribo á la memoria) coloco dos de Piñeyro, algunas de Varona, una de José de Armas y Cárdenas, otra de Varela Zequeira y dos ó tres más, del Dr. José Rafael Montalvo y del Dr. Esteban Borrero y Echeverría. Puede afirmarse que Cortina fué el corruptor del género, por su propension (instintiva y en él indominable) de mezclar en todo la política, principalmente para exitar á su auditorio y arrancarle aplausos: no habia discurso suyo de tema académico en que no sacára á colacion, como un reclamo imperioso al patriotismo del concurso, los nombres de Luz, Varela, Saco, Escobedo &, que de este modo se convirtieron en el enfadoso lugar comun de todos los oradores de Sociedades. Ocasión hubo que le oí referirse á ellos y citarlos, hasta tres veces. Se ha desarrollado tanto, entre nosotros, la vanidad de la tribuna, la ambición académica del aplauso, que sería imposible citar á todos los que hablaron ó hablan sobre todas clases de asuntos históricos, filosóficos y literarios, en las várias sociedades donde se ha establecido la costumbre de las *veladas*. Baste decir, que el furor subió de punto á tal extremo que una de esas sociedades patrocinó un "*Club de Oradoras*," y que dos de sus miembros, señoritas de corta edad (á lo que me informan), han pronunciado discursos en un teatro ánte numerosa concu-



rrencia; lo que no me extraña, ni ménos me sorprenderia de sus variadas y prematuras aptitudes que á la vez de instruidas y ciceronianas fuesen curiosas y habilísimas en el coser y bordar, y otras labores propios de su sexo; por que mi estimado amigo el distinguido Doctor D. José María Céspedes pretende que es este el país donde acaso abundan más las mujeres sobresalientes.

Para acentuar el carácter mixto de las conferencias en la Habana, puedo añadir que en todas partes un conferencista se sienta, pero que aquí habla siempre de pié.

He citado algunos nombres distinguidos para denotar los que habian brillado en el género, entendiéndolo en su verdadera y más propia acepcion. El Sr. Montalvo es hombre de ciencia, pero de lectura variada, de sorprendente facilidad de asimilacion, y enamorado de las grandes novedades. Asistí á una conferencia suya, en "La Caridad," del Cerro, sobre *Las Erupciones del Vesubio*. Habló bien, por que en realidad habló solamente, es decir, aunque con la nobleza propia del caso, conversó con su numeroso auditorio, complacido de su facilidad, soltura y perfecta claridad de exposicion.

El Sr, Varela Zequeira es un jóven meritísimo, de inteligencia severa y amable, conjunto simpático de exigencia científica y de aficiones literarias; estudia los ramos de la vasta enciclopedia médica con grande aprovechamiento, y se dedica á un tiempo al cultivo de las letras, de la poesia y de la oratoria, con lucimiento y aplausos. Habla sin completa maestria aún; pero con facilidad; es pintoresco, ostentoso, le agrada el enfásis, la frase rica y larga, el estilo compuesto, é imita á Montoro, aun en sus demasias al mover los brazos. La única conferencia que le he oido, y á que aludí, fué sobre la *Margarita* del Fausto, muy interesante y bella; aunque me pareció la viva reminiscencia de un capítulo del libro de Paul de Saint-Victor, titulado: *Las mugeres de Goethe*.

La conferencia á que me he referido del Sr. Borrero, versaba sobre "*Las Plantas Carnívoras*." De ella solo recuerdo la impresion de conjunto: fué muy instructiva, y por su forma sencilla y correcta y su disposicion, realmente interesante. Otra conferencia, de más vuelo por causa del tema ("*La Vieja Ortodoxia y la Ciencia Moderna*,") habia

pronunciado anteriormente el Sr. Borrero, en distinto lugar, pero, aunque está impresa en un folleto, no la tengo á mano: baste saber que Borrero es un médico de profesion que lleva en su ser, para elevarlo y atormentarlo, el alma de un poeta; oyéndole, cuando habla desde una tribuna ó en la efusion amistosa y privada, se nota en seguida que armoniza en su cerébro la fuerza y finura del análisis y la propiedad artística de animar y dar forma á sus ideas.



¡Curiosa coincidencia! como Varela Zequeira y Borrero, el señor D. Enrique José Varona es camagüeyano y, además, posée esa difícil y por lo mismo rara armonía del sentimiento poético y del espíritu científico. El Sr. Varona es hombre de muy extensos, variados y profundos conocimientos. Sus trabajos filosóficos son lo más notable que haya producido aquí la severa aplicacion del sentido crítico, por lo cual no es maravilla que el eminente Mr. Ribot haya recomendado el único de ellos que conociera (*Las Conferencias sobre La Lógica*) para texto en las escuelas superiores de Francia, mediante su traducción.

El Sr. Varona es también orador elocuente, de forma exquisita, de fuego, de pasión. No creo que fuese siempre así; pero su tenacidad, su energía de propósito le han hecho adquirir el dominio más absoluto sobre su palabra, en cuya empresa le ha servido eficazmente el privilegio de reunir la condición que Fenelon exigía al verdadero orador, espíritu nutrido de ciencia (1), con otra circunstancia más notable aún, nacida de la aplicación continua, cual es la disciplina mental, el razonamiento organizado y dócil; por lo cual el Sr. Varona ha conquistado la «*fortuita et subita dictio*» (2) del verdadero improvisador. Puedo asegurar que he visto cómo ha ido formándose desde 1879 en el Sr. Varona, el poder oratorio, al punto que el más elocuente y más correcto de los discursos que le he oído fué repentino, una notable improvisación y acaso una de las mejores, como tal, que se hayan di-

(1) Citado por el Dr. A. Riant, en su último libro, *Higiene del orador*, p. 226.

(2) Palabras de Tácito, citadas por el Dr. Riant, en la misma obra, p. 225.

cho en Cuba, que tuvo que hacer en una de las «*Conversaciones literarias*» de casa del Sr. D. José María Céspedes.

Varias han sido las *conferencias* que han acreditado las condiciones extraordinarias del Sr. Varona. La mejor, en cuanto á la propiedad genérica, á más de otras cualidades, fué la que dijo en el *Nuevo Liceo* sobre *Cervántes*. Algo *mixta* es la excelente composición que trata de «*Víctor Hugo como poeta satírico*», inspirada acaso en un capítulo del libro de Piñeyro, «*Poetas famosos del siglo XIX*»; aunque no lo son las otras que recuerdo, una sobre el amor (1) y otra un tanto oscura sobre *Emerson*.

Hay algunas más; pero sobre todo una que merece, por distintos motivos, mencionarse. Recuerdo que leía yo, en un cuadernito impreso en 1883, un discurso, que nó conferencia en realidad, en que tropecé, entre otros párrafos muy notables, con el siguiente:

«Así cuanto hay grande, cuanto hay noble, puro y bello en el mundo y en la humanidad, encuentran forma duradera y expresión patética en el grupo del escultor, en la tela del colorista, en la gama del músico, ó en la lira del poeta. Así el arte que completa y universaliza el lenguaje, recoge, conserva y trasmite lo más selecto de cuanto el hombre observa, piensa, siente; la flor de la cultura de una época, lo más exquisito de los afectos de un pueblo ó de una raza. La vida intensa que comunica á sus obras, vibra y se esparce á través de las generaciones; haciendo surgir á su poderosa evocación, no ya los hombres, las sociedades, las instituciones que pasaron y se desvanecieron, sino el sentimiento perecedero y transitorio que los poseyó un momento en la sucesión de las edades. Así vive un punto y palpita en nosotros un espíritu que no es nuestro espíritu, y se enriquece nuestra alma con afectos que no son los suyos, ni los de su país y su tiempo. ¿Quereis que el frío y escéptico analizador de nuestros días participe de los ardores del misticismo ascético, para que los aprecie y comprenda? Ninguna descripción, ningún discurso podrán realizarlo con tanta rapidez y vigor tanto como un sencillo cuadro,

(1) «Dos teorías sobre el amor: Platon y Michelet», pronunciada en *La Caridad* en Noviembre, 1883.

»el *Monje orando* de Zurbarán. Sobre una masa de sombra intensa  
 »que apenas deja adivinar las arcadas profundas del claustro, se desta-  
 »ca, bañado por un rayo de luz, un hombre arrodillado é inmóvil.  
 »Entre sus manos crispadas se vé un cráneo amarillento, pero sus ojos,  
 »velados en la penumbra que proyecta la capucha del burdo sayal, no  
 »están fijos en él, miran hácia lo alto, miran la sombra, con expresion  
 »de tan dulce vaguedad, de tanto arrobamiento, que lo sentimos em-  
 »bebecido en la contemplacion de una luz inextinguible. Sus manos  
 »están asidas á la tierra, á la muerte, palpan la nada del hombre efi-  
 »mero, pero ante su vista se ciernen las venturas celestiales y sus  
 »lábios entreabiertos no dejan escapar gemidos de dolor, ni sollozos  
 »de agonía, sino el himno ferviente del alma estática ante los esplen-  
 »dores de la eterna gloria.»

Cerré entónces el cuaderno, levanté los ojos como el monje, y ex-  
 clamé: ¡no hay duda, este Montoro habla divinamente: es casi imposi-  
 ble hablar mejor! Proseguí la lectura con la mayor complacencia, y  
 al terminar—¡oh sorpresa!—me encontré con que el discurso no era de  
 Montoro, sino que lo firmaba Enrique José Varona. Mi error nació de  
 que incluyéndose en ese folleto un discurso de cada uno de estos dos  
 ilustres compatriotas, creia yó, sin saber porqué motivo, que era de  
 Montoro el primero de ellos (1). No fué así; pero de esa equivocacion  
 mia ha resultado el mejor elógio que puedo hacer de la elocuencia del  
 Sr. Varona, cuyo estilo y lenguaje, además, manifiestan al escritor de  
 primer órden, y desde luego uno de los mas completos y superiores  
 que ha producido la isla de Cuba.

Si bien el Sr. Varona ha logrado dominar su palabra en la tribuna,  
 al extremo de poder improvisar brillantemente; cuando ha de hacerlo  
 con alguna estension flaquea un tanto; porque es sumamente, nervioso,  
 se agita demasiado, domina entónces poco la inquietud que de él se  
 vá posesionando, y hace movimientos continuos (como por ejemplo  
 llevar la mano á los lentes), que trasmiten con su propio estado moral  
 la desazon al oyente; á lo que se agrega que en esas circunstancias,  
 exagera algunos que creo vicios de pronunciaci3n, como resonar fuer-

(1) Ese cuadernito está impreso en «La Propaganda Literaria» en 1883.

temente las *erres* y silvar penetrantemente las *eses*, así como también solemnizar á la continúa el énfasis, lo que produce un efecto total muy vecino de la monotonía. Más, por encima de estos accidentes, el señor Varona tiene pasión y convencimiento, y ya se ha dicho que el corazón es quien nos hace elocuentes. Así lo evidenció en el último discurso suyo, pronunciado en la velada que organizó «La Caridad» en el primer aniversario de la muerte de Cortina. Ese discurso generoso y valiente, tuvo la importancia y produjo para él las consecuencias de un verdadero acto político. El Sr. Varona se declaró al cabo en desacuerdo con el partido liberal, á cuya directiva pertenecía, en cuanto al procedimiento; creía sinceramente que el partido seguía un camino por donde no se alcanzarían resultados positivos y, por lo mismo, pretendía que empleara el recurso de la *agitacion*, como dicen y segun lo practican los ingleses. El resultado inmediato (y el único hasta ahora) de la actitud del Sr. Varona fué su espontánea y honrada separacion del partido autonomista y del diario *El Triunfo* (hoy *El Pais*) entre cuyos redactores se contaba. Al presente dirige la REVISTA CUBANA, y parece abrigar el propósito de mantenerse alejado por ahora de la política.

\*  
\* \*

En 1879 volvió Enrique Piñeyro á su pátria, despues de diez años de emigracion, en que lo hemos visto poniendo su magnífica palabra y su gran talento al servicio viril de su conciencia y corazón, en período amargo y tempestuoso.

La Habana habia cambiado algo: notábase á primera vista alguna que otra modificacion provechosa en las cosas materiales, lo que era natural, porque toda la vida económica se habia concentrado en ella durante la guerra. La sociedad se habia transformado también: habia-se mezclado más, se habia democratizado. El saber era ya más general: la gran actividad científica que desde los comienzos de la segunda mitad del siglo agitaba el mundo civilizado, habia invadido la isla. Donde ántes no habia más que católicos ó espiritualistas, é imperaban los literatos, los abogados, los médicos artistas, la oratoria perfumada,

breve, selecta de forma, moderada y banal, sentíase la revuelta y desigual actividad de encontradas y diversas aficiones, doctrinas nuevas, teorías diferentes, multiplicidad de estudios, más conciencia del cambio universal de las ideas, «el espíritu nuevo» de que hablaba poco antes de morir Edgard Quinet, la vida mental, en una palabra.

A impulso de aquellas tendencias, prodigáronse los periódicos, fundáronse sociedades científicas, como la de Antropología, revivieron las antiguas sociedades «de instruccion y recreo», y aparecieron sucesivamente otras nuevas, como *La Caridad*, *El Nuevo Liceo*, *El Ateneo* y el *Círculo Habanero*, que ha sido la última de todas.

Se habian dado, pues, en la Habana algunos pasos más en la vía del mejoramiento, desde que en Enero de 1877, fundára el Dr. D. José Antonio Cortina el periódico de «Ciencias, Derecho, Literatura y Bellas Artes» denominado *Revista de Cuba*, con la cooperacion de los hombres mas aventajados en las letras por aquel tiempo; porque entonces el movimiento intelectual se reducía á «algunos diarios políticos,» . . . . «alguno que otro repertorio científico» . . . . y «algunos semanarios satíricos y jocosos» . . . . (1)

Apenas pasaron dos años, con la paz, que trajo al hogar entristecido ó abandonado, á tantos que estuvieron léjos de él, ó de él apartados por tiempo larguísimo, y la política personal, pero de expansion, iniciada por Martinez Campos, surgió por todas partes el movimiento de nueva vida.

En tales circunstancias reapareció en Cuba el Sr. Piñeyro. Su primer conferencia fué pronunciada en el Liceo de Guanabacoa, donde habian ya hablado otros, y sobresalido el Sr. D. José Martí (que vive ahora en New-York) por su talento, su fantasía inagotable, su originalidad enfermiza, su estilo artificioso y su lamentable *cultismo*.

«*Madame Roland*» fué el tema que ocupó al Sr. Piñeyro la noche de su estreno en aquel Liceo, y tan brillante el triunfo oratorio que alcanzó, que cuando se anunció poco tiempo despues que iba á hablar por segunda vez, en *La Caridad*, era grande la generosa impaciencia pública. Esta vez se trataba de *Dante y la Divina Comedia*, y yo tu-

(1) «Prefacio» de la *Revista de Cuba*, tomo I. 1877.

ve la delicia de oírle. Solamente hablando Castelar he podido notar silencio tan completo, emocion en el concurso tan íntima, tan grata y tan sostenida. Debíase sin duda al lenguaje y estilo del orador y á su singular y admirable manera de estar en la tribuna y de decir su discurso, esto es, á la elegancia, la moderacion simpática, el gesto noble y apropiado, la naturalidad, la perfecta correspondencia de la acción y la idea, y la voz que era la expresión invisible y real del pensamiento, una como su encarnación musical, si así me es permitido expresar lo que trato de decir.

Lo más selecto de la capital estuvo allí embebecido y feliz durante poco más de una hora, pálido de emociones purísimas, y luego se separó y dispersó diciendo en todas direcciones, aproximadamente, lo mismo que acabo de manifestar.

Un crítico de grande competencia, consignó más tarde sus impresiones en un corto juicio, y como muchas de las apreciaciones que ya tengo hechas se conforman fundamentalmente con las suyas, no puedo escusarme de copiar algunas de sus frases:

«El mérito grande, indisputable, del Sr. Piñeyro como crítico y literato no es poderoso á oscurecer, á empañar siquiera su gloria de orador. Nosotros lo hemos oído y admirado; por eso mismo nos han colmado de mayor asombro sus conferencias. Sin la presencia atractiva del orador, *sin su apostura tranquila y llena de dignidad, sin el decoro de sus ademanes, sin su voz robusta y armoniosa*, sin aquella plena posesión de sí mismo que no confina jamás con la arrogancia, sin ninguno, en fin, *de los hechizos de la oratoria en acción* (1), estas obras oratorias no están, sin embargo, frías é inanimadas sobre el papel. . . .» «Apoderarse de los sentimientos humanos que duermen oscuros en el fondo de todo corazón, y comunicarles la chispa divina y exaltarlos, ennoblecerlos; ¡hé aquí el sublime poder del arte! ¡hé aquí el arte en que es maestro el Sr. Piñeyro!»

Luego añade: «Auxíliarlo el conocimiento cabal de su asunto y el vibrar simpático de un alma que se exalta fácilmente con lo grandioso; pero el instrumento feliz á que se debe la mayor parte de ese

(1) Esta frase está en bastardilla en el texto.



»triunfo es *su estilo incomparable . . . .*» «Seguro de sí mismo, consciente de su fuerza, desdeña postizos adornos y vanidosos oropeles, y se nos presenta tan bello *en su desnudez, como aquellos mármoles inmortales que perpetúan la fama del arte helénico*» (1). En otra forma, ó con diferentes palabras, creo haber dicho muchas cosas semejantes, sobre todo en la seccion segunda de este trabajo (2): si me he equivocado, de todos modos bien acompañado estoy.

Ya mencioné anteriormente (3) el libro del Sr. Piñeyro en que, con otros importantes trabajos suyos, coleccionó estas conferencias. El mismo Sr. Varona piensa de él que, «es sin disputa, la obra literaria más notable que ha salido hasta ahora de la pluma de ningun cubano» (4). Con posterioridad publicó el Sr. Piñeyro otro bellissimo libro sobre «Poetas famosos del siglo XIX», y que ha sido celebrado en España, en Francia y en Inglaterra, por los principales periódicos literarios, y entre ellos *The Atheneum*, de Lóndres, acaso la revista de letras mas acreditada en el mundo; aunque tengo para mí que la mejor de sus producciones es un estudio histórico, *Morales Lémus y la Revolucion Cubana*, porque es una verdadera joya literaria, una obra maestra de arte, por la narracion y por el estilo.

\*  
\* \*

Como llevado de la mano por la fuerza de la asociacion mental debo ahora referirme á un hombre, tambien queridísimo para mí, que entre los privilegios que en su ser reune, cuenta una palabra soberbia de expresion y sonoridad, una dicción original y de abrupta grandeza un pensamiento nutrido, audáz y profundo, y una imaginacion de gran poeta.

Su reputacion científica, el recuerdo de varias oraciones suyas, el

(1) Estudios Literarios y Filosóficos, por Enrique J. Varona, 1883, págs. 147 y 148.

(2) REVISTA CUBANA, 30 de Junio de 1886, N. 6, pág. 508.

(3) Op. cit, pág. 507.

(4) Varona, op. cit. p. 146.

prestigio de su palabra hicieron que muchas personas lo asediaran para que hablase alguna noche en la sala de La Caridad del Cerro: empeño grande costó reducir su modestia á someterse al generoso deseo de tantos amigos; porque él tiene indiferencia soberana para muchas cosas, para las perecederas obras humanas, y por lo mismo para la fama y el aplauso, que son acaso de las más insignificantes y fugaces.

El día anunciado, acudió impaciente y llenó el salon una concurrencia selecta, ansiosa de oír al Dr. D. Francisco de Zayas. Si no recuerdo mal, el último discurso suyo fué en Marianao, hacia dos ó tres años. En los primeros meses de la vida del Partido Liberal, se habia revelado como orador político, como magnífico «teórico» de la doctrina nueva. Muchos sabian que fué en la Universidad su gran elocuencia didáctica, el encanto mayor de sus discípulos de la Facultad de Medicina. La Sociedad culta lo habia oído, muchos años atrás, en los debates de la Academia de Medicina, y en sus breves discursos del colegio de «El Salvador», cuando no faltaba quien lo juzgase superior á algunos grandes oradores por los tonos de penumbras, chispeantes de relámpagos, de que era tan pródiga su paleta de pintor elegíaco. Y, por mi parte, lo veia siempre delante de mí, al través de una gran ceremonia, revestido con los atributos de la elocuencia; porque yo habia presenciado la investidura de Lebredo, en su grado de doctor, que se verificó en la nave de la iglesia de Santo Domingo; y entre los cirios del altar, pestañeando con sus llamas amarillas; bajo los arcos, viviendo en el isocronismo de sus lámparas apagadas; rodeado de altares, de cuadros, de estatuas; frente á un hemiciclo de doctores que ostentaban sus vistosos trages académicos; envuelto por apiñada y heterogénea muchedumbre, destacábase allí, de pié, en el mármol blanco y lustroso del pavimento, entre invisibles vapores de incienso desvanecido, el doctor Zayas, miéntras pronunciaba el discurso de presentacion, en escultural apostura, haciendo vibrar la bóveda del templo con las extensas ondas de una voz de hermosa gravedad, y agitarse de emocion el concurso con la elevacion y el colorido de sus ideas, y á mi figurarme conmovido que asistia á una de las animadas y brillantes sesiones religiosas que en el siglo xvi, hicieron más de una vez estremecer el Vaticano.

Por eso el público y yo acudimos con ansiedad á oír al Dr. Zayas, una noche del mes de Setiembre de 1883, á La Caridad del Cerro, curiosos además de saber qué iba á decir el prestigioso catedrático sobre un tema tan singular como *La Torre de Babel*.

Cuando el Dr. Zayas ascendió á la tribuna, despues del inmenso aplauso que saludó su presentacion, el silencio enmudeció hasta los corazones, y yo sentí apretármeme el mio: al resplandor de los candelabros que iluminaban su rostro comprendí que, más que los años, gasta al hombre y lo envejece el interno y misterioso calcinar de la meditacion continúa. Su alta estatura se doblaba yá bajo el peso de la vida; de su antigua belleza conservaba aun el perfil de París; pero el abundante cabello habia blanqueado, los ojos habian perdido su alegría primera y se escondian penetrantes y ardorosos bajo el arco enérgico de las cejas, y su voz, en otro tiempo maravillosa de timbre, habia perdido la extension robusta de la juventud. Era aquella aparicion, en la intimidad de mi conciencia inadvertidamente acongojada, como la vuelta del apostol tras larga ausencia, que llega á nosotros más viejo, pero seguramente más amado; y una leccion tambien, de cómo siempre, aun transformándose sin cesar, la belleza persiste, haciéndose más ideal y más intensa, á medida que la garra felina del tiempo rasga y ensangrienta el vellón de las almas, y surca el rostro de arrugas.

Con voz, primero velada, y luego más vibrante, pero siempre grave y llena, comenzó su conferencia. Venía allí, en medio á hijos de una misma madre, entre hermanos, en el seno de la familia, á hablar «con nosotros, por nosotros y para nosotros.» Lo que siguió, no me es dable ya recordarlo; mas noté que la parte histórica y real de su tema, era lo que ménos le preocupaba. Se habia entregado á cierto desdeñoso escepticismo, y así poco le importaba que la verdad de la narracion estuviese de parte de Moisés (ó Esdras), ó de parte del coronel Rawlinson. Hubiera existido ó nó la torre de Babel, lo mismo era para él uno ú otro testimonio, el antiguo y tradicional ó el nuevo y científico; y por eso adoptó—sin duda hipotéticamente—la relacion bíblica. Despues de todo su objeto no era ceñirse á las investigaciones más recientes sobre la torre babilónica; por lo cual omitió ocuparse en la inscripcion llamada de *Borsippa*, ó de Nabucodonosor, que se conserva

en el Museo Británico, referente á la confusion de lenguas, lo que segun la tradicion judia, significa Borsippa, ó Birs-Nimrud, nombre que se dá actualmente á un lugar cercano á las ruinas de Babilonia, donde se alza una torre en forma de cono truncado, como de cuarenta y tantos metros de altura y unos setecientos en el circuito de la base; ni ménos pretendia tampoco dar una opinion más, acerca de esa confusion de lenguas, que hoy se estima como una leyenda, cuyo origen, en mi humilde juicio, ha explicado con acierto Renan. Su interés y propósito, seguramente, eran, junto con la exposicion de algunas doctrinas, aludir á nuestro microcósmo, á nuestro pais y situacion, encarecer la necesidad del esfuerzo de todos y el concurso de todos, para construir el edificio de nuestra prosperidad y grandeza, la torre de nuestros empeños. Me atrevería á creer que afirmó que todos nosotros vivos ahora, fuimos tambien en alguna manera constructores, naturalmente inconscientes, de aquella torre de há tantos siglos. Con esta aseveracion, solo en apariencia temeraria, sin duda quiso manifestar la profunda armonía del universo y de la historia, la solidaridad social y la íntima compenetracion de la materia, y entónces expuso su modo de pensar á ese respecto, su teoria, la cadena mística, la sucesion atómica, la concurrencia de todas las cosas,—elementos, fuerzas, movimientos,—á la formacion del *cerébro*, de la conciencia, verificándose así una como luminosa integracion de los desparramados fragmentos de la vida inteligente, la ascencion de la materia, «partícula á partícula, hasta lo infinito.»

«Todos los elementos que nos rodean y que parecen inertes, viven «la vida del sistema, y se precipitan en regulados torbellinos, *en ascencion de animalidad*. Este aire que respiramos, ha vivido; esta «tierra que pisamos, ha pensado! Sabed que hay una *corriente de tierra* «moviéndose en órbita definida y obligada, como el astro, *á las regularidades de su gravitacion*. Sabed que esa tierra corre como el agua, «corre como el aire, y que su corriente es tan variada y tan complicada; corre del suelo á la planta, de la planta al animal, del animal al «hombre: corre de una latitud á otra latitud, condensando en sus más «elevadas combinaciones *las reservas de vida* con que se sostienen y «aumentan los tesoros de fuerza é inteligencia de la humanidad: corre

»en ondas nunca interrumpidas, llenando los espacios estelares, en las  
 »pulsaciones del éter imponderable, *emparentándonos con las sustan-*  
 »*cias* de las estrellas y de los soles. *Saturadas están de poderío y de*  
 »*religion* las partículas todas de nuestro globo, y encierran todavía  
 »tantas oraciones no rezadas, que han de colmar en su tiempo la bea-  
 »titud de todas las almas puras! Para que el hombre éntre en el cielo  
 »es preciso que ascienda hácia él santificado con todas las realidades  
 »de la tierra! . . . .

«¿Sabeis la historia de esa verde hoja, que el rayo de sol enamora  
 »con el íris de sus condensados colores? ¿Sabeis los secretos de ese be-  
 »so de fuego que le llega palpitando en el éter de nuestro sistema?  
 »¿Sabeis los misterios de esas nupcias castísimas de la luz y de la plan-  
 »ta? Sí lo sabeis; porque si no lo supiérais ¿cómo podriais hacer alarde  
 »de vuestro amor á la Providencia? ¿cómo podriais acercaros á comul-  
 »gar en el altar de la Naturaleza en esa hóstia *la mas sagrada*, que  
 »ella brinda con mano amorosa á los que se abrasan en el ardor de sus  
 »verdades y en la posesion y reconocimiento de la *absoluta beatitud* de  
 »sus obras? Sí lo sabeis ¿porque cómo imaginar que hayais de preferir  
 »el construir con burda ignorancia el edificio de vuestra *eterna felici-*  
 »*dad*? Sabeis que la caricia del rayo luminoso, vibra en la verde, vi-  
 »va y y húmeda masa, y que en cada instantáneo latido de esos side-  
 »rales eflúvios, el aire, que vela—*testigo constante del púdico encuentro*—  
 »se siente agitado en atracciones de irresistibles afinidades, y en esas  
 »risadas y calientes ondas del éter, se condensa en sustancia más pu-  
 »ra, que es la sustancia misma de ese humilde y glorioso seno en el que  
 »se fundan todos los gérmenes de la existencia, y en donde esa miste-  
 »riosa trinidad de luz, aire y calor, en perpétuo milagro de transfigu-  
 »racion, se acumula y derrama en las inagotables ondas de la vitalidad;  
 »y así crece la planta, y así aumenta su sustancia, y por aspiraciones  
 »insaciables hácia superiores destinos orgánicos, *solicita con sus se-*  
 »*dientas raices la concurrencia del áspero polvo*, dormido en el seno  
 »inerte de la cristalización granítica y calcárea, para ascenderlo á *las*  
 »*culminaciones de la sensibilidad*. Y ese aire, esa tierra, esa agua, ese  
 »sol, que son materia viva en la hoja, y que de la hoja *fluye hácia los*  
 »*torbellinos de la animalidad*; eso que luego es nuestra carne, nuestros

»huesos, nuestra sangre, nuestro cerebro, nuestros pensamientos, nuestros amores, nuestra oración; eso que somos nosotros vivos y nosotros muertos, son también los purísimos orígenes de nuestra razonada fé: »ese es el Lázaro en que creemos, levantándose siempre del sepulcro. »Todo lo que ha vivido, todo lo que ha sentido, todo lo que ha pensado; todo lo que vivirá, sentirá y pensará, ha nacido y ha de nacer en esa verde cuna en que el soplo de la brisa columpia los amores del sol y de la tierra!»

Por mi parte, seguiría oyendo incesantemente al orador; aunque, en la imposibilidad de repetir su oración, bastante es lo transcrito para formarse una idea del trabajo y de los caracteres de su autor. Semejante á esa teoría,—digna de ser concebida por la plástica fantasía de los helenos, y que en extraordinario parecido informa casi todas sus leyendas, el mundo risueño de sus metamorfóseos—es la que, inspirándose en el recuerdo del mar Tirreno y las riberas de Ausonia, ha expuesto Castelar en animado capítulo, con mas arte, mas viveza y estilo mas rico y mejor cincelado; pero no con más sinceridad y emoción, ni con mayor profundidad, ni en esa onda sonora, como el bronce inmenso del Kremlin, palpitando de religiosa magestad y grandeza á manera del río sin orillas de la vida universal. Hay allí, en el torrente de tanta filosofía, nó seguramente un filósofo; hay un teólogo de la materia viviente, del dinamismo de los mundos, y hay también un poeta: algun renglon de los que he subrayado en el discurso, constituye un verso. Su imaginación es profunda, musical, enamorada de los sonidos mas resonantes, de las sonoridades mas extensas y vibrantes. Su estilo es un esfuerzo para elevar el pensamiento por el relieve de la frase, en procedimiento análogo al de Miguel Angel, que buscando la expresión mas propia de su idea la hacia resaltar en sus esculturas, por la hipertrófia del mármol, como el orador cubano destaca las suyas (si puedo decir así) por la hipertrófia del sonido. La lente que usa para mirar al mundo, por su poder de aumentar las cosas, convierte su fantasía en un como telescopio: la visión de su espíritu, por eso mismo, es enorme: hay en su talento algo de la naturaleza del talento de Víctor Hugo; pero la intensidad de su pensamiento fuerza á demasiada atención para comprenderle pronto, y al fin, cuando ha concluido, experimenta

el oyente en todo su ser la misma impresion de que vibra el cuerpo. todavia y resuena de música sin notas el oido, como cuando acaba de escucharse uno de esos conciertos del Trocadero en que es el instrumento una orquesta gigantesca. Toda esa brillante teoria, por mas que hace aparecer la Providencia entre el oleaje de las cosas, revela la tristeza de la sabiduria, el arraigado pesimismo que se retuerce como un aspid de encendido metal en el fondo de las almas, para atenacear y amargar en su existencia á la clase culta y superior de nuestro tiempo. Discípulo de Luz, el Sr. Zayas ha conservado al través de los años y de la vida real, el misticismo y la austeridad del maestro. Por eso no me parece un médico moderno, apesar de su reconocido y profundo saber; por que acaso hay en él muchas cosas de los tiempos de transicion, como los actuales; sobre todo, el pesar con que se vé tan bella la creencia desaparecida, el soberbio estoicismo con que se contempla la desconsoladora verdad que se impone; pero conservando el espíritu la idealidad y la pasion de otra edad de la vida,—la mirra y el incienso,—cuando ya el altar está roto, el templo vacío, y el corazon sin esperanzas.

\*  
\* \*

Creo que la primera velada literaria de La Caridad, del Cerro, tuvo por objeto honrar la memoria de José de la Luz Caballero. Habló en ella, con la agradable naturalidad y riqueza de datos con que se expresa comunmente, el Sr. D. Francisco Calcagno, quien, en 1884, pronunció allí mismo una conferencia sobre la *Atraccion*. El año anterior, ese instituto ofreció á sus sócios otras reuniones de igual índole, en que tomaron parte, entre otros ya mencionados, ó de los que me ocuparé más adelante, el Sr. Orús, que disertó con entusiasta verbosidad, en períodos, si por cierta precipitacion algo incorrectos, rotundos y adornados de imágenes, sobre un tema extraño—*Evolucion y Progreso*,—en que parecia buscar la refundicion sintética de dos teorías que no creo que puedan armonizarse fácilmente; y el Sr. Cortina, que hizo el resumen de las veladas de aquel año. Habló de nuevo el señor Cortina, escogiendo para tema de su disertacion *La Democracia*, el

siguiente año, en que se pronunciaron otras conferencias, como la del Sr. D. Julian Gil sobre *Civilizacion y Progreso*; la del Sr. D. José Genaro Sanchez sobre *Joaquin Lorenzo Luaces*; la del Sr. D. Alvaro Caballero sobre *Educacion y derechos de la mujer*, y un discurso del Sr. Montoro, con motivo del fallecimiento de José Antonio Cortina, ocurrido en el mes de Noviembre, por cuyo triste suceso fué unánime el sentimiento en toda la poblacion de la Isla.

Poco despues, en 1885, moria otro cubano ilustre (1), con la misma circunstancia de duelo general, y volvia Montoro en la sala de La Caridad á pronunciar otro Elogio fúnebre, quizás la oracion más hermosa y más sentida que se le oyéa en Cuba. Antes habia hablado el Sr. D. Antonio Govin, á propósito del noveno aniversario de la fundacion de aquel instituto; y Miguel Figueroa, que lo hizo sobre *El Cesarismo*. Despues, pronunció el Dr. D. José Francisco Arango una conferencia muy sólida, muy interesante y original, para contestarse esta pregunta *¿Son independientes las regiones de la ciencia y el arte?*

La última conferencia de la Caridad (10 de Julio corriente) estuvo á cargo del jóven y distinguido catedrático de la Universidad, Dr. don Evelio Rodriguez Lendian, que habia ya aparecido ventajosamente ante el público como orador académico, si no estoy trascordado, en el Teatro de Irijoa, hace pocos meses, con motivo de la fundacion de una Academia de Historia. El tema del Sr. Lendian—*Los grandes hombres y las grandes ideas*—se prestaba á toda suerte de desenvolvimientos, á restaurar viejas y hasta funestas teorías, y tambien á hacer ingeniosas y fantásticas aproximaciones. Esto último fué, á mi juicio, lo que hizo. Se precipita algo cuando habla, y mueve mas de lo necesario los brazos; pero es muy modesto y bastante agradable, fogoso y de mucha facundia.

Coetáneamente á estas manifestaciones orales, brillaban con otras semejantes las tribunas de las demás Sociedades. En el Ateneo, en el Liceo de Guanabacoa (2), en el Nueyo de la Habana, en el Círculo,

(1) El Dr. D. Juan Bruno Zayas.

(2) Por los años de 1878 á 79, segun he oido, tuvieron lugar en este Instituto animadísimas discusiones literarias.



lucieron sus dotes el Sr. Azcárate; el Sr. Orus; el Sr. La Torre, que sabe mucho, es muy ardoroso, y si bien incorrecto, habla con gratísima naturalidad y afluencia (1); el Sr. D. José de Armas y Cárdenas, que en el breve espacio de dos años ha pronunciado multitud de discursos y varias conferencias, siendo la mas importante la de *Lope de Vega*, que fué la primera, y el cual, si bien suele descuidarse y caer en el *efectismo*, habla, sin embargo, con facilidad: es en la tribuna pintoresco á veces, y fuera de ella, un verdadero erudito; su pariente, el Sr. D. Augusto de Armas, tan jóven como él, lleva lo solemne y trágico del gesto y la actitud, al extremo de que parece cuando perora que álguien lo ha herido en su honra y que está diciendo el monólogo precursor de la catástrofe; pero estudia mucho, á lo que dicen, y no le falta abundancia; el Sr. D. Nicanor Trelles, á quien oí disertar sobre *Louise Michel* con desenfado, y agradablemente; sin duda ménos afortunado que Demóstenes, creo que en él es ya incorregible el defecto á que dicen los franceses *grassejement*; y el Sr. D. Aniceto Valdivia que ante todo es un hombre honrado, pues que lee sus discursos mas bien que recitarlos de memoria, dando gato por liebre, como practican tantos; pero que, además, es hombre de muchísimo talento, un literato de alma, escritor estilista y fraseador, discípulo de los románticos franceses, y cuyo vicio es el exceso de cincelar y pulir, por lo que se desliza á ocasiones su buril por la pendiente del *gongorismo*; mas cuya gloria es una imaginacion maravillosa de plasticidad y de riqueza, que es de sentirse malgaste en pequeños camafeos y reducidos esmaltes. (2)

\*  
\* \*

El Sr. D. José Silverio Jorriñ, como para confirmar lo que había

(1) La última vez que le oí fué en el Nuevo Liceo, donde habló sobre la vida y las obras del eminente naturalista cubano D. Felipe Poey.

(2) En estas Sociedades han usado tambien de la palabra, con aplauso, los señores Borrero, Cruz Patricio, Larrinaga, Gil, Baralt, André, Suzarte, Valdés Domínguez y Montoro, y acaso otros más; pero no los recuerdo.

insinuado yó de que habia de ser excelente conferencista (1), publicó una conferencia que, por circunstancias que se manifiestan en una nota de la página 5, no llegó á pronunciarse. Es un trabajo de mucho mérito y de mayor importancia aun. Su tema, «*Cristóbal Colon y la Crítica Contemporánea*», muestra yá la seriedad del asunto, propio y digno de quien ha consagrado en Europa largos años de su vida á la investigacion sábia y paciente de las cosas de América y, principalmente, de las más desde luego relacionadas con la vida y el carácter intelectual del gran navegante genovés.

La conferencia parece el anuncio de una obra mayor. Toda ella converge y se concentra en los párrafos que siguen: «Decidme, señores, este vasto cúmulo de recientes y valiosos materiales no reclama á grito herido una nueva síntesis? ¿No estamos en el momento psicológico de que se escribá *otra vida* de Colon mas comprensiva y completa que la del Sr. Conde Roselly de Lorgues? ¿No es ya tiempo de que la historia del inmortal Descubridor deje de figurar entre las seráficas leyendas de los Bolandistas?» (2)

La oracion es un modelo de método, sencillez y transparencia de estilo. Me temo mucho, sin embargo, que yá—desde Humboldt acá—se hayan anticipado algunos en sostener la misma tésis, de que Colon fué un hombre y nó un enviado (como pretendía, entre otros, el abate Casanova, que lo llamaba «embajador de Dios»); que descubrió la América por virtud de su reflexion, de la fuerza de las cosas, de las necesidades del tiempo y del comercio europeo. Entré los mas inmediatos, podría citar al Sr. Rodriguez Pinilla, autor del interesante libro «*Colon en España*», y respecto á *otra vida* del Almirante, escrita con los datos amontonados por la erudicion y con criterio científico, sospecho que *Harrisse* le haya tomado la delantera al Sr. Jorin, segun lo que se ha escrito en esta misma Revista, hará cosa de meses, dando cuenta del primer tomo de la Biografía de Cristóbal Colon, de-

(1) Revista Cubana, 31 de Mayo de 1866, N. 5.—p. 411.

(2) Véase su Conferencia, impresa en el Establecimiento de Soler, Alvarez y Comp.—p. 36.

bido á la pluma del eminente *americanista*, y cuya continuacion apareció con posterioridad á aquella reseña del Sr. Bachiller.

«En el *Círculo de Abogados* y en la *Sociedad Antropológica*, se han leído trabajos importantes y sostenido sobre ellos animadísimas y muy interesantes discusiones. Las del *Círculo* se conservan en sus *Memorias*, que no tengo á mano. De la *Sociedad Antropológica* no sé que haya ninguna publicacion con tal objeto. El Dr. D. José Manuel Mestre dió á luz un discurso «*Sobre el Matrimonio Civil*, que había leído en la primera asociacion, y otro en la *Antropológica* (de que era Presidente cuando murió) y en que se ocupaba en «*Los Terrapleneros*», con el título de «*Una Raza Pre-histórica de Norte América*», cuyos trabajos habían aparecido en la REVISTA DE CUBA. Conozco otra disertacion, tambien leida en la misma sociedad, en que el ilustrado Dr. D. José Francisco Arango hacia «*Consideraciones Físico-Patológicas sobre el Espiritismo*».

Referir todos los trabajos, la mayor parte inéditos, de esos centros, á mas de ser imposible, rompería el marco natural de este bosquejo, pues que sería ya tanto como una historia del movimiento científico y literario de Cuba.

Otras reuniones han existido, donde frecuentemente se ejercitaba la palabra, además de las mencionadas, aunque eran de carácter privado, tales como las *conversaciones literarias* que se celebraban en las casas de los Sres. D. José María Céspedes y D. Nicolás Azcárate. En las primeras era siempre motivo de las discusiones la crítica de alguna composicion en verso. En las segundas, por igual causa, se empeñaban sérios debates en que hablaban Cortina, Varona, Céspedes (D. José María), Céspedes (D. Benjamin), el Dr. Giralt, y muchos más. Estableciéronse allí tambien las *conferencias*; pero ahora recuerdo solamente el tema de una de ellas, *Migracion de la fábula de la Lechera*, en que el Sr. Varona hacia un interesante estudio de la misma índole de otros de Max Müller y Ph. Chasles. Otra fué dicha por el Sr. Calcagno y me parece que era un estudio de física, bajo el título de *El Abanico*.

Y ya que de veladas particulares estoy ocupándome, no es posible olvidar las primeras que aquí se establecieron, las de la casa del señor

D. José Antonio Cortina, que con el nombre de «*Veladas de la Revista de Cuba*», fueron muy importantes é interesantísimas. Esa fué la única palestra del malogrado Julian Gassie, y la primera de Varona, del mismo Cortina y (después de su llegada á Cuba) de Montoro. (1)

La Universidad ha seguido siendo escuela de oratoria para maestros y alumnos. Anualmente se lee todavía, en la ceremonia de la apertura del curso académico, la «*oracion inaugural*». Conozco solamente una de estos últimos tiempos, escrita por el Dr. D. Antonio Rojo y Sojo, sobre las fundaciones literarias de España en América, trabajo de investigación y curiosidad, muy propio para el acto en que se leyó. Lástima que sea una pirámide de tipografía, porque viene acompañando á una «*Memoria-Anuario*» relativa á la Universidad é Institutos de toda la Isla.

Ya el Sr. Varona juzgó magistralmente «*La metafísica en la Universidad de la Habana*», en sus sérios «*reparos á la oracion inaugural pronunciada en la apertura del curso académico de 1879 á 1880, por el Dr. D. Teófilo Martínez de Escobar*», y por cierto que la encontró en lamentable estado (2).

Fácil sería apreciar los frutos de la enseñanza de la Historia en aquella institucion; por que pueden quilatarse las condiciones y el método del catedrático, Dr. D. Rafael Fernández de Castro, pues hay un discurso suyo impreso, sobre *La Filosofía oriental*, probablemente leído, «*en el acto solemne*» de su recepcion en claustro pleno como profesor de la asignatura de Historia Universal. Unido á ese discurso, en el mismo cuaderno, está el de contestacion del Sr. Rojo y Sojo, en que refiriéndose al primero, lo llama «*admirable*» de doctrina; «*copioso*» de erudicion y de método «*excelente*» (pág. 55), y precisamente lamento pensar que no es nada de eso en lo absoluto; pues á mi modo de ver, el método es impropio (el deductivo), la doctrina escasa y pobre la erudicion. Toda ella está reducida (hasta las citas) al libro del

(1) La *Sociedad Económica* ha establecido en su salon conferencias públicas. El mes pasado las inició el señor Comte, cuyo tema fué «*la situacion económica en Cuba*». La segunda, segun se dice, estará á cargo del Dr. D. Francisco Zayas.

(2) Varona, Op. cit., p. 305.

Sr. Sáles y Ferré sobre historia de Oriente, que no es mas que un *compendio*, como su propio autor justamente lo titula. Para el señor Castro, por necesidad de método, por causa de la arbitraria tricotomía que sobre Oriente establece (págs. 7 y 8), siguiendo las escuelas alemanas, no hay mas filosofía *oriental* que la de la India, la Persia y la China; porque, para que cuadre á su tesis, todo el mundo oriental ha de componerse solamente de la India, la Persia y la China, modo esclusivo y único de que existan sus tres verbosas é insignificantes «categorías de unidad, variedad y armonía», y su civilizacion «teórica», su civilizacion «práctica», su civilizacion «sincrética», ó «teológico-metafísica», «moral-práctica», «histórico-sincrética», que son indispensables para que se realice su «primera ley biológico-ontológica que preside al desenvolvimiento de la humanidad» (p. 7). No se comprende que oyendo tales logomáquias, forzosas consecuencias del método *a priori*, reprobado por la ciencia, como inútil, perjudicial, é inconveniente para el estudio de los hechos, esto es, de la historia, hubiera el Claústro General, al decir del Sr. Rojo y Sojo (p. 55), «tributado» «espontáneo aplauso», «como testimonio de propia admiracion», «al discurso del catedrático».

Otros mejores que aquel ha dicho el Sr. Castro, aún en la esfera de lo académico, como el que pronunció en la Caridad, (Octubre, 1883) sobre «*El Proceso de la Vida Humana*», de estilo terso, de lenguaje correcto, de apreciaciones elevadas, de cierta serena fluencia en el pensamiento y en la forma. De la otra conferencia que dió en el mismo local (*Cuba marcha*), no puedo hablar; porque no la oí, ni se ha publicado. Pero los mejores discursos del Sr. Castro son los de índole política: en ellos es mas vehemente, más apasionado, y á las veces pintoresco y aún brillante. Recuerdo la oracion que pronunció en la que se llamó «*Velada de los Estudiantes*», y que tuvo lugar en el Teatro de Tacon, en honor de José Antonio Cortina. El Sr. Castro me pareció allí, en realidad, muy inspirado: su palabra brotaba fácil y enardecida, como la palabra del verdadero tribuno, y no olvidaré muy pronto la pintura final; por que, ciertamente, fué un cuadro dantesco.

\*  
\* \*

He terminado yá este bosquejo. En mucha parte ha sido difícil para mí, pues he debido referirme á individuos que viven aquí ó en comunicacion continúa con esta isla, que están al alcance de mi vista, que hablan conmigo á cada paso, muchos de ellos amigos míos, algunos que tienen una reputacion yá formada, otros que empiezan á adquirir la suya. . . . . Es, para el caso, una ventaja el estar seguro, como yo lo estoy, de que la verdad y los juicios humanos, no son ni definitivos, ni acaso reales tampoco, pues en ellos casi todo es personal ó *subjetivo*: depende todo de la organizacion individual y, por lo mismo, carece de valor é importancia: la verdad es una ilusion en cada hombre, una *maya*, como decían los índos. Mira cada cual hácia fuera, al exterior, y su espíritu refleja solamente su propio modo de ser. La crítica, pues, no viene á ser mas que un cristal, de color distinto en cada crítico. Lo único que á este puede exigírsele es que sea honrado y sincero, y todo ello creo haberlo sido. Si en algo he podido pecar es en el deseo de no excluir, ni olvidar, ocupándome en los oradores de Cuba, á quien quiera que aquí haya hablado en público. Acaso no lo he logrado; pero seguramente vendrán otros que acierten más.

He pretendido, únicamente, agrupar en un cuadro trazado á grandes rasgos, los nombres mas importantes, en Cuba, en épocas y situaciones diferentes, bajo el aspecto oratorio. De este bosquejo se desprende la enseñanza de que, generalmente, los cubanos han reflejado la civilizacion extranjera, sobre todo la francesa, en sus producciones orales; que solo han manifestado cualidades españolas sus oradores, así que han vivido largo tiempo ó se han formado en la Península; que, entregados á sí mismos, han constituido una escuela de carácter místico ó semi-religioso y elegíaco, cuyo fondo ó espíritu ha sido triste, como si en el alma de esta sociedad no hubiera mas que gemidos ó lágrimas; y que ha seguido el pensamiento de la clase culta del país, las tendencias más enérgicas y científicas del mundo civilizado, y se han generalizado estas, cuando la revolucion sacudió violentamente esta mole, infundiendo en ella vida mental más varia y más intensa. La isla de Cuba, era, ántes 1868, el residuo de un mundo viejo conservado como por milagro en medio de la novísima América. La revolucion la transformó, convirtiéndola en una retorta agitada por elementos di-

versos en suspension, que ahora precipita al fondo los sedimentos, la capa social del porvenir. El monje, el religioso, el esclavo, la casta, *el latifundio*, la gran propiedad aristocrática, todas esas cosas viejas y otras más, van borrándose ó desapareciendo, merced á la pasada tempestad. El cubano, hombre de imaginacion y de pasiones, es ya tambien hombre de reflexion. Su carácter mental irá reformándose más todavía; pero debe estar muy sobre aviso, porque las circunstancias actuales y otras pasadas, cuya influencia dura aún, han ido infiltrando en las empobrecidas arterias de esta sociedad el virus de la hipocresía: se ha vivido siglos enteros engañados por el esclavo, engañando á los españoles, por estos engañados tambien, y hoy se engañan más, si cabe, vencidos y vencedores. Esta propension, como en lo demás, se revela tambien en la tribuna por el *efectismo*, que abunda demasiado y no es, en sustancia, sino la carencia de sinceridad. Sin ser revoltosos, ni sublevados, ni separatistas, se puede ser viril, resuelto y digno. ¿Por qué asegurar á los contrarios que se está resignado á todas las iniquidades? ¿No es eso horrible precisamente en el país de las resistencias continuas y de las resoluciones temerarias y heróicas? Si para algo noble debe servir en este mundo la palabra, despues del ministerio sublime de enseñar la verdad, haciéndola hermosa y amable por los encantos de la forma, es sin duda para levantar los espíritus á la dignidad moral más alta que pueda alcanzar nuestra especie. Enseñar, dignificar, eso sí es grande, y bueno, bello y útil.

Nunca como ahora están más comprometidos los oradores cubanos á decir sólo la verdad, y á no prostituir su lengua haciéndola servidora de la hipocresía, el esclavo más ruin que ha engendrado el contubernio del miedo y la mentira.

Quizás la elocuencia,—que no obtuvo, ni aún auxiliada por el cálculo, las reformas ántes de 1868; que luego no salvó en definitiva ni la democracia republicana, ni la revolucion; que, despues de 1878, apenas si ha alcanzado triunfos de pormenor;—tampoco salve la autonomía; por que esas cosas no dependen sólo del estro de dos ó tres artistas, y porque el inconveniente esencial de la autonomía es «la masa humana», es decir, la necesidad de convencer, de persuadir á todo un pueblo, á España, la gente más irreformable acaso del planeta;

lo cual es empresa sobrehumana. No importa, sin embargo: si las *Filípicas* no salvaron la Grecia, al ménos la tribuna donde habló Demóstenes con sinceridad y elocuencia incomparable, cumplió con la noble mision de advertir los peligros de la pátria.

Pero siempre la elocuencia tiene, por encima de las formas esternas que en cada época reviste el ideal de un pueblo y que los oradores propagan y defienden, ministerio más elevado que la predicacion de un programa pasajero:—la formacion del espíritu público, la elevacion de los caractéres, la inculcacion en las almas de la idea del derecho, de la justicia, de la humana dignidad.—En este sentido ¿quién realizó mejor que José de la Luz Caballero y los oradores de su escuela, ese patriótico y sublime empeño?

Al través de los tiempos, á medida que adquiría la conciencia de su personalidad y derecho, ha ido la opinion en la isla de Cuba afirmándose en una forma externa aunque transitoria:—provinciana española, latino-americana, anexionista, reformista, separatista, autonomista.—Esas formas fueron cambiando, como trajes que el país abandonaba, despues de usarlos; pero conservando el alma, la entidad, cada vez más firme, compleja y mayor; hasta culminar en la lucha de la independenciam, esto es, la más enérgica demostracion de la conciencia de su personalidad. Mantúvola gran parte de la poblacion diez años constantes y terribles; pero cayó gastada, y pudo ser destruída. Era, sin embargo, tan grande la generosidad de su esfuerzo que al hundirse y desaparecer la revolucion, alzó el brazo enflaquecido y trazó con mano temblorosa de moribundo casi inconsciente, en medio de las olas de su naufragio, el pacto del Zanjón,—la emancipacion de unos diez y seis mil esclavos y las reformas en beneficio de los blancos y de los negros,—y tan poderosa la vitalidad del país que, apenas convalecido de su postracion, con la tristeza del desastre en el alma, pero también con esperanzas en mejores y más apacibles dias, reafirmó su entidad moral; aunque bajo otra forma nueva; como si quisiera probar tenazmente de todos modos, contra tantos que cierran los ojos para no ver el sol, que ella es en la historia una personalidad inmortal.

La revolucion, ayer una guerra sangrienta, es hoy un factor pode-



roso en esta sociedad. De ella vino esta situación; pero ¿sabe alguien á donde puede ir á parar? Las necesidades inmortales, es decir, indispensables á la vida, se manifiestan siempre, en uno ú otro aspecto, hasta que se les dá cumplida satisfacción; ó de lo contrario, sobrevienen las convulsiones, cuando nó la descomposicion y la muerte. Si Cuba debe perdurar, si ha de vivir, es indudable que la autonomía, fórmula sábia, puede constituir una organizacion duradera y pacificadora. Pero si se rechaza esa fórmula ¿cuál otra se adopta? ¿*La asimilacion*? Ah! Cuba ha ido acentuando lo que llaman *el localismo*, su personalidad real, hasta la suprema afirmacion de la independencia, que era *la autonomía absoluta*. No pudiendo vencer, no pudo realizar tampoco su personalidad independiente, y tomó entónces una forma nueva de transaccion, *la autonomía colonial*: es decir, el mismo espíritu que insiste y revive para declarar la realidad una y distinta de este pueblo respecto á España. Hay, pues, algo formidable en Cuba que no muere y que España no debe empeñarse en matar. La derrota de la Revolucion trajo naturalmente la Autonomía. La derrota de la Autonomía. . . . . Pero ¿no observais todos que lo que más aplauden los cubanos en sus oradores son las reticencias ó las explosiones del *localismo* más pronunciado? ¿No veis cómo cuando ellos hablan de Cuba son realmente inspirados y magníficos? ¿No notásteis que Cortina, por ejemplo, no supo hacer ninguna oracion académica digna de elogio, y en cambio, hizo muchos discursos elocuentes cuando hablaba de Cuba é inculcaba la dignidad y la gloria que hay siempre en defender el derecho y, en su caso, perecer por la pátria? . . . . .

MANUEL SANGUILY.

Julio 19 1886. (1)

---

(1) En la parte II de este trabajo se ha deslizado, entre otras ménos importantes, la errata siguiente:

Pag. 491, línea 30; donde dice "encontrándose" etc., léase: "encontrábanse".

---

## LOS GRANDES HOMBRES.

---

*¡I want a hero!* exclamaba Byron al comenzar el *Don Juan*; y así parece que debe clamar Cuba, según lo que le recomendaba una de estas noches el Dr. Rodríguez Lendian en su gallardo discurso de la *Caridad*. Pero los héroes ó los grandes hombres es más fácil desearlos que tenerlos; y mientras tanto es bueno y hasta se debe prepararles el camino. Esta es la tarea—no insignificante por cierto—de los pequeños hombres.

Ha dicho Emerson, uno de los más vehementes sustentadores de la tesis, falsa y peligrosa, del distinguido catedrático, que es natural *creer* en los grandes hombres. Y esto es verdad ó nó, según lo que se entienda por creer. Que hay hombres en quienes algunos de los diversos aspectos de nuestra naturaleza moral adquieren tal relieve y vigor que resultan particularmente aptos para la acción ó para la especulación, nadie puede negarlo, ni que su influjo represente un importante factor social; pero que las transformaciones sociales, tanto las que afectan la organización externa de los grupos humanos, como las que sufren las ideas y sentimientos colectivos, necesiten siempre y en todas ocasiones del impulso inicial de un hombre extraordinario, *Deus ex machina*, es una opinión contradicha por la historia entera de la humanidad. El mismo Emerson nos dá, sin pensarlo, la clave de este error tan esparcido. «Todas las mitologías comienzan con semidioses» dice en su lenguaje semi-

enigmático. Muy cierto. El *instinto* fetichista es tan poderoso que el hombre, después de divinizar cuando lo rodea, acaba por deificarse á sí mismo; y es indudable que un hombre se presta maravillosamente á servir de símbolo para todo lo humano. Este procedimiento que encarna las ideas directoras, las grandes ideas, en los grandes hombres, es un rezago de esos albores de la mitologías, es un procedimiento fetichista, ó para respetar el eufemismo de Emerson, mítico. Si despojamos cada una de las insignes figuras, que se citan como modelos de la clase *grandes-hombres*, de los aditamentos legendarios que los han cubierto de espeso y brillante barniz; si los restituimos á su medio natural, y pasamos el balance de lo que deben á sus antecesores y coetáneos, podrán las tendencias poéticas sufrir alguna decepcion, pero ni el mérito real de esos personaje se aminora, ni lo que se pierde en entusiasmo irreflexivo deja de ganarse en apreciacion exacta de las fuerzas que actúan para realizar los fenómenos sociales. Vistos á distancia los acaecimientos históricos, no es extraño que se destaquen las figuras prominentes y que, por una ilusion de óptica ideal, parezcan llenar todo el campo algunos individuos aislados; pero cuando nos aproximamos, merced á la investigacion y la crítica, descubrimos que no estaban solos, y que su grandeza es relativa. Así cuando áun están remotas las playas de un país desconocido, se elevan á nuestros ojos algunas cumbres solitarias, que parecen gigantes de piedra en medio de vastas llanuras; pero á medida que nos acercamos, vemos cómo se agrupan en torno suyo eminencias menores, y advertimos que el terreno no se levanta de súbito, sino por escalonadas elevaciones, hasta llegar á los picachos más erguidos.

¿Qué hay de comun entre el Sócrates legendario, que abre de improviso al pensamiento humano un mundo nuevo, que revela á la humanidad una creencia más pura y aparece como precursor de una doctrina que ha de cambiar la faz de la civilizacion, y el Sócrates de la realidad, que marca sencillamente el principio de un movimiento antagónico en el desarrollo de las ideas filosóficas de los helenos, que aprovecha y modifica el método de argumentar de los sofistas para crear la dialéctica, y es innovador tan timorato que recomienda al morir el sacrificio de un gallo á Esculapio? Es necesario considerar todo

el trabajo mental de los griegos, anterior á Sócrates, para restituir á éste su verdadero papel, en relacion estrecha con el medio intelectual en que se produce. Si la filosofía antesocrática habia sido sobre todo una filosofía de la naturaleza, la sofística era ya una *filosofía de transición* (1), que habia abandonado las investigaciones físicas y se habia dedicado á los problemas morales y dialécticos. La filosofía de los conceptos, que empieza distintamente en Sócrates, se habia iniciado con los infamados sofistas, y tan léjos está de completarse y terminarse en él, que los demi-socráticos, posteriores á Sócrates, revelan un movimiento de retroceso hácia la sofística, y es necesario que venga Platon para terminar la elaboracion de la teoría socrática.

Y este es el mismo proceso que se distingue en todos los grandes cambios que registra la historia de nuestra especie. Ideas, teorías, costumbres, instituciones, todo se forma por un trabajo sordo de acumulacion de materiales aportados de aquí y de allí por millares de obreros, las más veces inconscientes de su labor; y cuando se han gastado por el uso, cuando ya vienen estrechos á las nuevas necesidades que trae el andar del tiempo, comienza el trabajo de desmoronamiento no ménos invisible, hasta que un buen dia se hunde la que pareció fábrica sólida, porque no se distinguian sus corroidos cimientos. Puede haber uno ó algunos que pongan las piedras más visibles de la cima, ó que den el último impulso, y esos aparecen como creadores ó destructores, y lo son, pero merced á sus mil secretos ó ménos aparentes colaboradores. En la sociedad todo es colectivo.

Veamos esto claramente en lo que pasa á nuestra vista. Considerémos alguna de las grandes ideas que ha aportado al caudal comun nuestro siglo. ¿Encarnarémos la doctrina de la descendencia en Darwin? Pues reclamarán al punto Lamarek y Geoffroy Saint-Hilaire, sin hablar de los *dii minores*. Lo que hay es un sistema gastado, el de la fijeza de las especies, un cúmulo asombroso de hechos que lo contradicen, y espíritus generalizadores, movidos por la necesidad de encontrar una nueva explicacion al gran problema, que presentan sus soluciones. ¿Ha surgido íntegra del cerebro de Mr. Pasteur la teoría

---

(1) La frase es de Zeller.

parasitaria que está transformando la patología? El concepto grandioso de la evolucion que pretende explicar las dos fases de la realidad ¿nos ha sido revelado por Herbert Spencer? Pues oigamos nada ménos que á los hegelianos y krausistas, y veremos lo que nos contestan.

Esto no es desconocer la importancia que tienen en la vida social los hombres mejor dotados para la investigacion, la invencion ó la accion, ni amenguar el valor del individuo; al contrario; es restituir á cada uno de los componentes del agregado social en su verdadero valor y á su plena dignidad. Nuestra época se ha despertado á una conciencia mucho más clara de los elementos que integran un todo social y de la manera como funcionan; y por esto sólo las colectividades han centuplicado su fuerza, aumentando las suyas los individuos. Aunque nos sentimos solidarios, y por lo mismo, nuestras energías no decrecen; y la poderosa vida de nuestra época revela bien á las claras qué gran fuerza es una conciencia colectiva repercutida en millares y millares de conciencias individuales. Hoy los grandes actores en el drama de la historia no son los *príncipes* de los pueblos, sino los pueblos mismos. Por eso es una verdad indestructible el advenimiento de la democracia en los pueblos europeos y sus descendientes. Y por eso es de todo punto peligroso proclamar la doctrina fatalista ó providencialista—que lo mismo es—de los grandes regeneradores, de los salvadores, sobre todo á pueblos indolentes y atrasados, y cuya historia y tradiciones, cuya herencia étnica los incita á entregarse á esa adormecedora quimera.

Donde hay verdaderamente un pueblo, donde una grande aspiracion comun funde en un esfuerzo único los sentimientos y las ideas de los habitantes de una region, unidos por los lazos de la sangre y mantenidos en comunidad por necesidades é intereses colectivos, los hombres superiores son útiles, pero no indispensables. Los pueblos no deben esperar milenarios, ni Mesías; deben saber que el trabajo continuado de los pequeños es el que realiza las obras colosales que luego se atribuyen á los grandes. La foraminífera microscópica perdida en el fondo del océano es la obrera invisible de los futuros continentes. La idea que todos los lábios repiten y que todos los corazones reciben es la que transforma el mundo.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

---

## MISCELANEA.

---

### FIESTAS MUSICALES.

La «Sociedad de Conciertos» que, bajo la segura batuta del maestro Sr. Modesto Julian, comenzó hace pocos días sus tareas en el teatro de «Irijoa», con un cuerpo de sesenta profesores poco más ó ménos, y un éxito artístico superior á todo encomio, ha sido acogida por nuestra culta Habana con un entusiasmo que favorece altamente á una y otra.

No queremos expresar con esto que aquel local se haya visto en sus dos primeras funciones lleno de bote en bote, como vulgarmente se dice; pero sí, que la concurrencia que á ellos ha asistido, compuesta en su mayoría de personas inteligentes y de buen gusto, ha sido lo suficiente para dar brillo y realce al espectáculo, cubrir sus crecidos gastos, y premiar los esfuerzos de aquellos artistas con lo que más les envanece aquí y en todas partes, estos es, con aplausos sinceros, espontáneos y ardientes.

La orquesta, si mal no recordamos, la componen diez violines primeros, ocho segundos, cuatro violas, tres violoncellos y seis contrabajos: dos clarinetes, dos oboes, dos fagotes, dos flautas, cuatro cornetines, cuatro trompas, cuatro trombones, un ophicleïde, un par de timbales, un bombo, un tambor y un piano. Desde luego salta á la

vista la pobreza de violoncellos, pobreza irremediable por cierto, pues en la Habana no se encuentran los tres profesores más que en este instrumento se necesitan; y la introduccion de un piano para suplir el arpa, que tampoco tenemos aquí. Sobre estos dos puntos ya se vé que no es posible inculpar ni al Director Sr. Julian, ni á nadie, porque cuando buscamos algo y nada hallamos, necesario es conformarse y pasarse sin ello como mejor se pueda.

En cuanto á la ejecucion de las selectas obras anunciadas en sus programas, ha sido verdaderamente magistral, y se echa de ver todo el empeño, todo el trabajo que unos y otros se han tomado para salir airoso; así lo ha comprobado el delirante entusiasmo del público que ha pedido siempre con insistencia y obtenido la repetición de los principales *morceaux*; y la unánime opinion de la prensa que los ha colmado de elogios.

En la «Marcha heroica» de Saint Saëns, en la «Sinfonía» de Mendelssohn, «El sueño de una noche de verano», en el «Himno Austriaco» de Haydn, obra inmortal escrita para *cuarteto* y ejecutada aquí por los treinta profesores de *arco*, en el «Valse lente y Pizzicati», de Sylvia, de Leo Delibes, en las grandiosas oberturas de *Mignon* y *Dinorah*, en los dos *Mosaicos*, de Julian, en los vales de Waldteufel, en todo, por fin, un nutrido aplauso y los más calurosos *bravos* han correspondido instantáneamente á la irreprochable ejecucion.

Al felicitar cordialmente la REVISTA CUBANA á los artistas de la «Sociedad de Conciertos», digna por más de un concepto de la protección del público habanero, no puede ménos que indicarle la necesidad de ofrecer alguna variedad en sus programas, por ser ésta, pudiéramos decir, uno de los grandes atractivos, el alma del concierto. Lo muy repetido por bueno que sea, al principio se hace monótono, al fin cansado; y no debe echarse á olvido que la Habana cuenta hoy con muy buenos elementos para satisfacer esa justa petición. ¡Qué bien vendria intercalar entre las grandes obras sinfónicas que allí hemos oido, una fina y delicada melodía de Tosti ó de Gounod, interpretada por la señora Rodriguez de Rodriguez, ó por la señorita Pedroso, ó por cualquiera otra de nuestras aplaudidas aficionadas! ¡Qué agradable seria tambien oir un solo de violin al notable artista Claudio

Brindis de Salas, ó un *concierto* de Chopin, de Henselt, de Hummel; ó la *tarantella* de Gottschalk, brillantes creaciones, todos para piano y orquesta, á nuestro amable y bravo pianista Ignacio Cervántes! De seguro que con tan valioso refuerzo tomarian mayor importancia, mayor simpatía de la que ya han conquistado las notables sesiones musicales del teatro de «Irijoa», que de todo corazón recomendamos más y más á nuestro galante é ilustrado público.—R.

• ASISTENCIA A LAS ESCUELAS EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Segun una Memoria oficial el Gobierno de los Estados Unidos, correspondiente á 1883-84, y publicada hace dos meses en Washington, el número total de alumnos que asisten á las escuelas públicas de los Estados y de los Territorios es de 10,738,192.

|   |         |
|---|---------|
| A las escuelas privadas.....  | 606,517 |
| secundarias y preparatorias.....                                    | 271,215 |
| 236 escuelas de mujeres.....  | 30,587  |
| 370 universidades ó colegios superiores (alumnos matriculados)..... | 32,767  |
| 255 escuelas normales.....  | 60,063  |
| 221 escuelas comerciales.....                                       | 44,074  |
| 354 kindergartens.....  | 17,002  |
| 92 escuelas científicas.....  | 14,769  |
| 146 escuelas teológicas.....  | 5,290   |
| 47 escuelas de derecho.....   | 2,686   |
| 145 escuelas de medicina, de dentistas y de farmacia.....           | 15,300  |
| 31 escuelas de enfermeras.....                                      | 579     |
| 59 escuelas de sordo-mudos.....                                     | 22,515  |
| 31 escuelas de ciegos.....  | 2,319   |

AGUA Y CLOACAS.

Mr. Erwin F. Smith ha publicado, en los Estados Unidos, un folletó del mayor interés, aunque trata de una cosa bien estudiada y resuelta,



la influencia de la provision de aguas y de las cloacas en la mortalidad de las ciudades. Su importancia estriba en los datos recientes y decisivos que aporta para demostrar que la mortalidad urbana decrece en la misma proporcion que aumentan la abundancia y buena cualidad del agua y se extienden y perfeccionan los desagües para las inundaciones y desperdicios. Las cartas que acompañan el folleto ponen esta conclusion ante los ojos. La primera hace ver que en Munich, ántes de la introduccion de su sistema actual de cloacas y de su provision de aguas, desde el año 1851 al 1859, murieron 21 habitantes por cada 10,000, de fiebre tifoidea; miéntras de 1874 á 1884, el número de defunciones de la misma enfermedad ha sido de 6'3 por 10,000.

Otra carta demuestra la influencia profiláctica de este servicio público en la epidemia de cólera de 1861 á 1866. Para esto divide las ciudades de la Union en dos grupos; las del primero están abundantemente provistas de agua y por lo general tienen un buen sistema de cloacas; las del segundo están poco ó mal provistas de aguas, y carecen de cloacas ó las que tienen no son de los sistemas modernos y perfeccionados. En el primer grupo encontramos ciudades como Nueva York, donde la mortalidad fué de 12'8 por 10,000; ó Brooklyn, donde fué de 16'5 por 10,000. En el segundo Memphis y Tennessee que aparecen con 268 defunciones por 10,000; St. Louis, con 173, etc. La demostracion es evidente.

#### LOS FERROCARRILES DEL CANADÁ (1).

Al terminarse el último año económico se habrian tendido 10,773 millas de carriles en las vías férreas del Canadá y se explotaban 10,150 millas. Mucho más de la mitad de esta longitud pertenece á dos compañías, la del Pacífico Canadense, con un sistema de 3,950 millas, y la de Grand Trunk, con un sistema de 2,591 millas, á las cuales sigue, por la importancia de su extension, la Intercolonial, que mide 861 millas. El capital que se ha invertido en la construccion de

(1) Artículo traducido del periódico *The Weekly Gazette*, de Montreal, correspondiente al 20 de Mayo de 1886.

los distintos caminos se eleva á la gran suma de \$454,082,500 (1) ó sean unos \$42,000 por milla, á lo que ha de agregarse el subsidio de \$119,603,200 en bonos del Gobierno, \$39,596,400 en préstamos y \$12,472,400 de auxilio municipal, llegándose así á un total gasto de \$625,754,500 en los ferrocarriles del Canadá, equivalentes á más de \$60,000 por milla. Segun informes, los productos del año fiscal de 1885 han ascendido á \$32,227,470 y los gastos de explotacion á \$24,015,350, lo que dá un beneficio líquido de \$8,212,120, ó menos de 2 por ciento del capital desembolsado, y poco más de 1 por ciento sobre el capital empleado, resultado no muy alentador para la generalidad de los accionistas. En forma de préstamos y de bonos, el Gobierno del Dominio ha dedicado nada menos de \$155,307,000 al auxilio de las empresas de ferrocarriles construidos y en construccion, la provincia de Quebec ha dado \$8,223,000, la de Ontario \$5,946,000, la de Nueva Brunswick unos \$4,000,000 y la de Nueva Escocia \$3,000,000 próximamente. Los municipios de Ontario, no obstante, han contribuido con \$9,569,000, para las empresas de ferrocarriles, mientras que los de Quebec han proporcionado \$4,112,000; pero si se suman los auxilios del Gobierno y los de los municipios, esta provincia relativamente ha hecho más generosos donativos á estas Sociedades. El Grand Trunk representa en alto grado la mayor cantidad invertida, lo que se debe, en gran parte, al hecho de haberse construido cuando los materiales y el trabajo estaban infinitamente más caros que en años posteriores. El costo total del material fijo y móvil de las vías ha sido de \$245,000,000, el del Pacífico Canadense \$158,158,000, por los cuales están en circulacion solamente \$65,000,000 en acciones y 35 millones de pesos en obligaciones.

Durante el último año, los ferrocarriles del Dominio condujeron 9,672,600 pasajeros y 14,659,000 toneladas de mercancías.

La anchura de las vías es la que sirve de patron en el continente

(1) Los valores se refieren al *dollar* del Canadá, que dista mucho de ser lo que en Cuba se entiende por un *peso*. El *dollar* de oro canadense, idéntico en peso y ley al de los Estados Unidos de América, equivale á 1.08015 peso de oro de Cuba tomando por unidad  $\frac{1}{17}$  de la onza de 21 quilates.—N. de la R. C.

de 4 piés  $8\frac{1}{2}$  pulgadas, á excepcion de veintiocho millas de camino en Ontario, de 5 piés 5 pulgadas; del ferrocarril de la Isla del Príncipe Eduardo, de 3 piés 6 pulgadas y del camino de Galt en el Noroeste que tiene una amplitud de 3 piés: sólo 1,228 millas en un total de 10,773 de vía férrea se han construido con carriles de hierro, y esas pertenecen á líneas antiguas y de escasa importancia en el antiguo Canadá.

El ingeniero principal de los ferrocarriles del Gobierno expresa la opinion de que si se considera la general depresion del tráfico en el mundo, pueden considerarse como satisfactorios los resultados de las operaciones del último año en las vías férreas canadenses.

#### ELOGIO DEL DOCTOR MESTRE.

El exceso de materiales nos obliga á dejar para el próximo número el resumen extenso que tenemos preparado del discurso del Sr. Varona en la Sociedad Antropológica. Esto nos permitirá dar tambien el del Dr. Montané y otros trabajos referentes á nuestro distinguido compañero.

#### NECROLOGIA.

El insigne americanista Joham Jacob von Tschudi murió en St. Gall, Suiza, el 24 de Enero del corriente año. Sus obras sobre el Perú disfrutaban de universal reputacion. Deja estudios sobre la lengua quichua, y un libro de viajes por la América del Sur, en cinco volúmenes.

—Ha muerto el novelista y poeta dramático alemán Herman Sallmayer, director de uno de los teatros de Viena.

—En París ha fallecido M. Félix Leblanc, químico eminente, colaborador de Dumas.

—El 10 de Marzo murió en Frankfort H. Johnn Georg Varrentrapp, uno de los más reputados higienistas de Alemania. La limpieza pública, la organizacion de las escuelas y la disciplina de las prisiones le deben estudios profundos.

—M. Melsens, químico de Bruselas, ha muerto á los setenta y dos

años de edad. Se le debe el descubrimiento del iódido de potasio como antídoto de los venenos de mercurio y de plomo.

—El 15 de marzo murió en Amherst College E. U. el Dr. Edward Tuckermann, estimado como uno de los botánicos más eminentes de América.

—Acaba de morir en Poitiers M. A. Lallemand, químico y físico de nota.

—Ha fallecido en Brisbane Mr. William Landsborough, intrépido explorador de Australia.

—En Francia ha muerto M. Vial, escritor de asuntos militares.

—Ha fallecido en Buenos Aires M. Massenet de Marancourt, periodista y director de la Opera Francesa en Buenos Aires. Era hermano del compositor Jules Massenet.

—Ha muerto Alejandro Ostrowski, célebre autor dramático ruso.

#### NOTICIAS CIENTIFICAS.

M. J. C. Houreau, del Observatorio de Bruselas, ha propuesto la hipótesis de que el pequeño cuerpo celeste observado ya siete veces cerca de Vénus, y que se ha creído un satélite de este planeta, es un planeta independiente que se mueve en una órbita igual á la de Vénus ó algo mayor, y que está en conjuncion con él en períodos determinados. Propone que se le llame Neith.

—La Academia de Ciencias de París ha encargado á una comision de su seno que estudie un plan para la fundacion de un *Instituto Pasteur* dedicado al tratamiento de la rabia. La preside el almirante Jurien de la Gravière. Hasta mediados de Abril los casos asistidos por el eminente profesor han sido de setecientos cincuenta, con éxito completo en su inmensa mayoría.

#### NOTICIAS LITERARIAS.

El 3 de Junio se inauguró en Laibach un monumento erigido en memoria del célebre poeta austriaco Anastasio Grün.

—El 15 de Julio se ha inaugurado en París una estatua de Diderot.

—Dos novedades artísticas podemos señalar en la Habana durante este mes. Los conciertos dominicales, inaugurados con grande éxito, por los señores Julian y Gonzalez, ha sido la primera. La segunda, la exposicion anual de los trabajos de los alumnos de la Escuela de Pintura de San Alejandro que dirige el Sr. Melero. Estos se han distinguido por su número y calidad; llamando la atencion, entre las obras originales, algunos lienzos de los señores Arburu y Saiz.

—Los felibres residentes en París han celebrado su fiesta anual en Sceaux.

—El *Paraiso* de Dante acaba de ser traducido en versos griegos por Musurus-pachá, ex-embajador de Turquía en Lóndres.

—Los señores Bentley, de Lóndres, han celebrado un contrato para publicar dentro de poco la novela del valerosísimo coronel Federico Burnaby, el pujante héroe inglés que murió de una lanzada, en el Sudan. Algunas cartas suyas se publicarán en el mismo tomo y la edicion será arreglada por el que fué su secretario, Mr. Percival Hughes.

—Se han publicado en los Estados Unidos las Memorias de Longfellow.

—M. A. Daudet continúa en su tema de contraponer los franceses meridionales á los setentrionales. Ya lo hizo plenamente en *Numa Roumestan*, y ahora destina á la escena una pieza que se llama *Nord et Midi*. Se representará en este otoño.

—Se han publicado en París, reunidos en coleccion, los discursos académicos de M. Edouard Pailleron.

—Ha aparecido una traduccion francesa de las *Novelas Eslavas* de Tursky-Strebinger y Sacher Masoch, con un prefacio de Cherbuliez.

—Edna Lyall ha publicado en los Estados Unidos una novela, *In the Golden Days*, que ha sido mejor recibida que sus anteriores.

—Se ha publicado en París *Pages retrouvées* por los hermanos Goncourt.

—Leon Gozlan ha dado á la estampa un libro intitulado *Balzac intime*.

—Se ha publicado, en edicion americana, la segunda série de las

*Lives of Great Statesmen* de Sir G. W. Cox, de cuyo primer volumen hablamos oportunamente. Incluye las vidas de Efiltes, Cimon, Pericles, Formion, Arquidamos, Cleon, Brasidas, Demóstenes, Nicias y Hermócrates.

—Para conmemorar el aniversario de la muerte de Cavour se anuncia en Italia la publicación de cuatro obras que serán: Un volumen de la correspondencia del gran estadista con Napoleón; *Memorias inéditas* sobre su vida, por Michelangelo Castelli; *La sabiduría política de Cavour y de Bismarck*, por Filippo Mariotti, y *La Juventud de Cavour*, por Domenico Berti.

—El vizconde E. Melchor de Vigné acaba de publicar en París un libro muy interesante, intitulado *Le Roman Russe*. La introducción es una bella página de los estudios actuales sobre la novela realista.

—En Nueva York ha aparecido un volumen, *The Epic Songs of Russia*, en que vemos cómo vive todavía en ciertas regiones del imperio moscovita una poesía épica popular, en condiciones muy semejantes á las que hicieron brotar la literatura caballeresca y heróica de la Edad Media en la Europa occidental, y de que es, entre otros, un eco, el Romancero español. Su autora es Isabel Florence Hapgood.

#### NOTICIAS ARTISTICAS.

El pintor francés M. Maurice Leloir ha pintado una serie de acuarelas, cuyo asunto son las aventuras del *Lazarillo de Tormes*.

—El director de un gabinete de lectura en Nueva York ha publicado una curiosa estadística en que se demuestra la popularidad de que gozan los novelistas ingleses y americanos, según lo que resulta de las preferencias de sus parroquianos. Ala cabeza de todos está William Black, novelista inglés muy fecundo. Ocupa el quinto lugar Wilkie Collins, que está ántes de Dickens y Jorge Eliot. Walter Scott es el noveno; Bret-Harte es el vigésimo. Ha sido pedido cincuenta y ocho veces en el mismo espacio de tiempo en que se solicitaba á W. Scott ciento ochenta y ocho veces y á William Black seiscientas diez. Ni Thackeray, ni Ouida se mencionan siquiera.